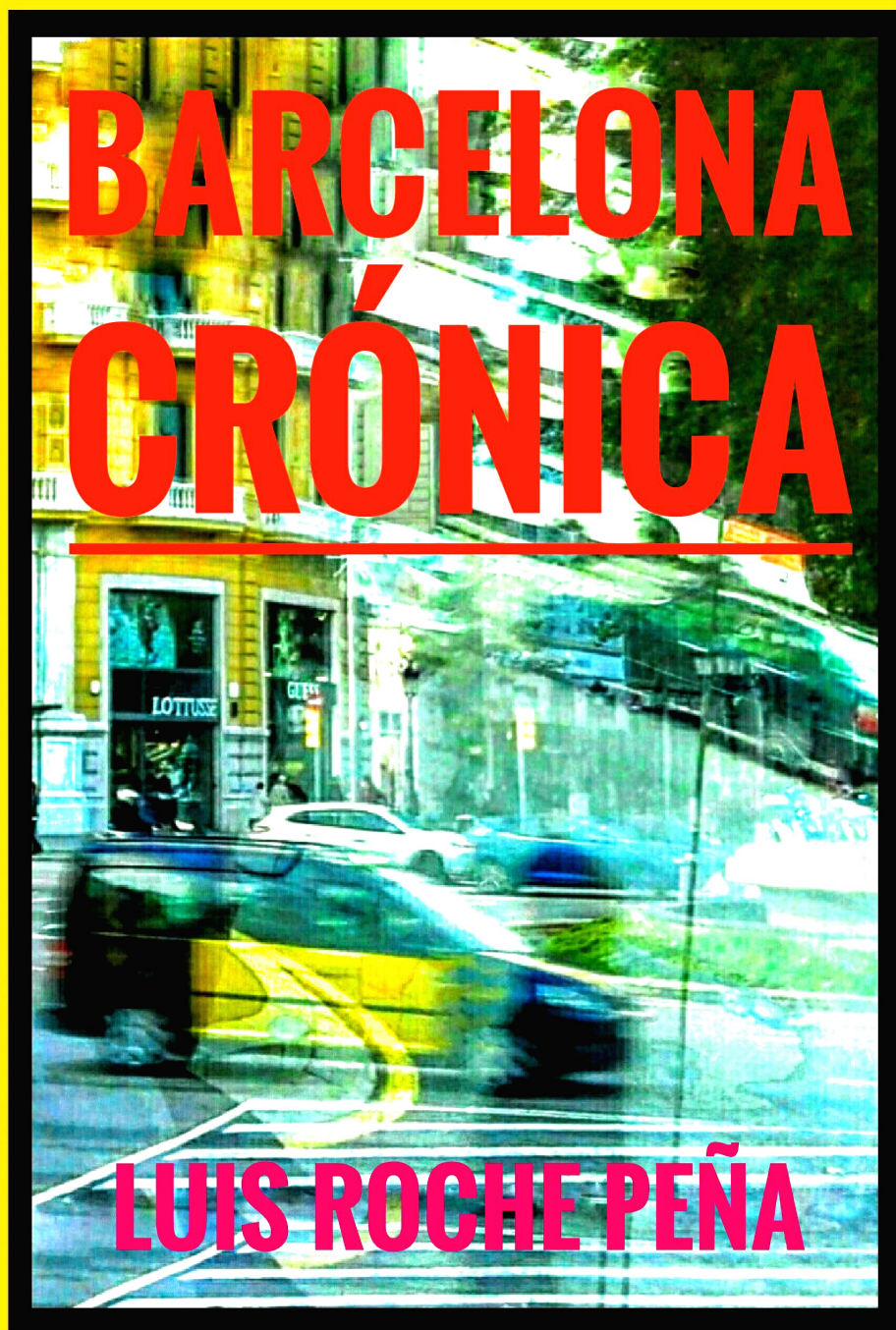


Barcelona Crónica

Luis Roche Peña



Capítulo 1

1

El niño soldado

Era un día sorprendentemente soleado y caluroso para ser del mes de mayo. El Passeig de Gràcia bullía de turistas en toda su amplitud de seis carriles. Eran las tres de la tarde.

Francisco caminaba por entre los transeúntes con el paso lento de quien no va a ningún lugar en concreto, arrastrando tras de sí el peso de su existencia.

Experimentaba cierta satisfacción contemplando la alegría superficial o verdadera de los miles de personas con los que se cruzaba. El sol que brillaba parecía hacer más apetecibles a las mujeres y aplacaba en alguna medida su melancolía. El sexo tenía algo que ver en eso. Si bien su mal era más profundo, contemplar la belleza femenina mitigaba la sensación de absurdo que le llenaba (o quizá sería más apropiado decir 'que le vaciaba').

Las grandes marcas de ropa ocupaban enormes escaparates a ambos lados del paseo. Dos heladerías y una cafetería del Brasil. Bancos en las aceras, ocupados por turistas agotados y parejas mirando el móvil.

Cuando llegó al semáforo que está frente a los famosos y grandes almacenes y se detuvo a esperar, le llamaron la atención los chalecos blancos con las letras azules de unos pocos jóvenes de ambos sexos que, carpetas en ristre, se esforzaban por captar socios que aliviaran con sus cuotas la creciente necesidad de fondos provocada por las continuas tragedias humanitarias que surgían por doquier. Eran unos colores familiares para él. Su diseño estaba grabado a fuego en su memoria.

Deambulaban por la acera frente a la boca del metro en busca de nuevos socios.

Cruzó la calle y entonces pudo distinguir las letras que ya había imaginado en su mente: eran las de una ONG que conocía bien.

Pasó ante los encuestadores de la ONG con la vista baja y las manos precariamente metidas en los bolsillos del pantalón. Naturalmente, aquellos activistas no podían conocerle. A menos que algún miembro oficial hubiera dejado las oficinas para hacer trabajo de campo, y que diese la casualidad de que ese miembro llevara varios años en la

organización.

Pero nadie le saludó. Nadie le salió al encuentro, y eso fue un alivio para él.

Continuó su paseo hasta llegar al Portal de l'Àngel, un paseo peatonal repleto de escaparates de grandes marcas, y lo recorrió hasta llegar al carrer del Pi . Unos puestos de artesanía ya habituales ocupaban parte de la fachada del Banco de España.

Pero, para entonces, su mente ya no se ocupaba de las curvas de las turistas ni del brillo del sol, ni de ninguna cosa que no estuviera dentro de su cabeza.

Volvió al pasado:

Descendió por la escalerilla del avión. Una azafata le dirigió un escueto 'Gracias por volar con nosotros', pero él no lo escuchó.

Siguió mansamente la hilera de viajeros en busca de su lugar en el pequeño microbús que les llevaría hasta la terminal del aeropuerto y subió a él.

Sintió los empujones esporádicos de algunos que estaban más despiertos que él, pero casi los agradeció. El contacto humano le devolvía a una apariencia de cotidianeidad tranquilizadora. Le distraía de imágenes grabadas en su visión interior que no le permitían dormir por las noches ni concentrarse en los días.

El equipo médico que le atendió le entregó un informe donde se mencionaban las palabras 'estrés postraumático'. Por lo demás, le dijeron, sólo necesitaba reposo. Su cuerpo había sobrevivido.

Y era un milagro. Había sucedido. Siempre existió ese riesgo, pero nadie quería pensar en ello. En un lugar cualquiera de África, en una campaña cualquiera de las que llevaban a cabo. Ninguno de los miembros llevaba armas, y los cascos azules sólo les escoltaban en contadas ocasiones.

Aquella mañana había amanecido tranquila y todo el equipo de voluntarios estaba ocupado tratando de repartir los escasos medios que les quedaban en alimento, medicinas y leche nutricional para los niños. Hacía varios días que no se escuchaban disparos. El camión del agua potable llegó y se situó en el centro del campo de refugiados. Desplazados, represaliados de cualquier guerra. Todas eran parecidas, unas más crueles y otras más brutales.

Hasta ese momento, la muerte había dejado su tarjeta de visita en forma de cadáveres deshidratados o desnutridos en el campamento o tirados por

los caminos que tenían que recorrer constantemente para cumplir con su misión. Muertos de disparos, carne putrefacta al inmenso calor, insoportable. Sed. No toda el agua era segura, y lamentaban cada gota limpia desperdiciada.

Caminos llenos de polvo que secaban todavía más la piel, y se pegaba al cuerpo y las ropas cuando uno tenía la suerte de poder sudar.

Estaban organizando las colas para el reparto del agua cuando las balas empezaron a silbar.

El caos fue repentino, completo y devastador. Todos corrían. Había niños sin padres. Logró evitar que pisotearan a uno de ellos. Sintió un empujón y cayó con el niño a su lado. Pudo ver cuerpos heridos o muertos en todo el terreno. De pronto pensó que iba a morir. Y mejor de un disparo que por los machetazos que seguirían a continuación.

Se levantó y cogió al niño. Corrió todo lo que pudo, evitando los cadáveres y viendo cómo las balas levantaban nubes de polvo.

Algunos hombres armados rodearon el camión del agua, disparando a todo lo que se movía.

Alcanzó la única edificación de ladrillo del lugar, pero los de dentro habían cerrado la puerta.

Golpeó con su puño y gritó que les dejaran entrar. Finalmente, la puerta de madera, precaria defensa frente a las balas de calibre de guerra que silbaban por doquier, se abrió y una mano de mujer les sujetó y les urgió a entrar con rapidez. En seguida se hicieron cargo del niño. Y él quedó allí en medio de todas aquellas personas.

El lugar estaba lleno a rebosar y todos los rostros mostraban miedo. Le miraban esperando que hiciera algo. Todos excepto una anciana que, sentada en el suelo, simplemente miraba al vacío.

Los disparos continuaban. Su precario refugio no resistiría mucho. Trató de mirar por alguna ventana, pero era difícil. Dentro, se escuchaban sollozos y gritos de terror y el olor era tan denso como el calor que lo producía.

Al fin, los disparos cesaron. Algún grito aislado y el horrible sonido del machete chocando con la carne y el hueso.

Ahora vendrían a por ellos.

Alguien golpeó la puerta. Sonaron gemidos ahogados. Una voz brutal

desgarró el aire.

Francisco no hablaba bien el dialecto de la zona, pero entendió perfectamente las palabras que causaron el terror en los refugiados: Si no abrían la puerta, los quemarían vivos.

Y si abrían... Una mujer puso la mano en el pomo, pero un hombre alto la golpeó. Otros increparon al hombre: morir quemados es todavía peor que de un machetazo o un disparo. Hubo un cruce de insultos y exclamaciones.

Francisco se encontró sin saber cómo en una calleja estrecha del Barrio Gótico. Propiamente, se trataba de la judería grande, pero eso sólo lo había sabido la ciudad en los últimos años.

Estaba desorientado. Miró a un lado y a otro. Bueno, qué más daba, no iba a ninguna parte.

Sentía un gran vacío en su plexo solar. Como un gemido contenido, pero era algo bueno: le devolvía cierto sentido humano.

Los psiquiatras le habían dicho que se le pasaría. Lo dudaba. Aquello era imposible de olvidar. No era sólo lo sucedido en el campamento, sino todo lo que le rodeaba allí: la muerte omnipresente, el miedo perpetuo, la sed y el calor. La radio emitiendo emisoras extrañas, que anunciaban vacaciones y pisos y coches. La escuchaban sentados en el suelo, mirando las cantimploras vacías. Los niños y niñas lloraban. Y , cuando no lloraban, era peor, porque se morían.

–Perdone, ¿se encuentra bien? La voz le sobresaltó, sacándole de su ensimismamiento. Se dio cuenta de que hacía varios minutos que miraba al vacío, en medio de la calleja.

La voz pertenecía a un hombre de unos cuarenta y tantos años, con gafas y mirada penetrante.

–No sé –dijo estúpidamente, pero era la verdad. No lo sabía. Los médicos decían que se le pasaría, pero no se le pasaba.

–¿Puedo ayudarle? –insistió el hombre–. Soy policía. ¿Quiere que llame a alguien? –Le mostró su cartera negra con su placa y documentación.

Francisco se quedó en silencio, incapaz de decidir si debía o no decir algo. El policía sacó su móvil y llamó a alguien: –...En la calle Marlet. Un hombre en estado de shock. No presenta signos de violencia...

No. No presentaba los signos de la violencia. Lo peor de todo es que la sensación de maldad no se le despegaba de su interior. La voluntad de

matarles, el odio ciego, era tangible, y no había podido dejarlo en África. Le había perseguido, unido a sus huesos, a sus sentimientos y pensamientos, impregnándolo todo. Pero no presentaba signos externos.

–Me quedaré con usted hasta que vengan. ¿Cómo se llama? –le preguntó suavemente.

Francisco le miró y sus palabras parecieron atravesar la muralla de recuerdos:

–Francisco.

De repente, pareció darse cuenta de que él estaba allí. El policía le alargó la mano.

–Yo soy Daniel. Inspector Daniel Oristany.

Francisco estrechó su mano.

–Soy de... –dijo, a modo de presentación, mencionando su ONG. Era un reflejo muy arraigado.

Era lo primero que debía decir al llegar a algún lugar, una especie de mínimo seguro de vida, o bien, una carta de presentación, o ambas cosas a la vez.

Es lo primero que dijo cuando los cascos azules le sacaron de debajo de los cadáveres con un disparo en su costado. Afortunadamente, la bala penetró y salió por detrás sin interesar ningún órgano vital, pero llenándolo todo de sangre. Cuando los demás heridos y muertos cayeron sobre él, los atacantes no se ocuparon de comprobar si seguía vivo. Remataron a los que estaban encima, y huyeron con el camión del agua y la comida y algunas mujeres a las que hicieron esclavas.

–Entiendo –dijo Daniel.

Sí, Dani lo entendía. El *shock postraumático* le era familiar. Pero tenía grados, y el de aquel hombre era todo un señor shock. Daniel conocía los choques emocionales y las heridas de bala, y las depresiones. Lo había vivido en propia carne y en la de muchos de sus compañeros.

Había shocks honestos, fruto de las circunstancias de su trabajo, y shocks indignos, fruto de los abusos policiales, pero que dejaban su huella. Éstos endurecían el alma y la sensibilidad.

–¿Has estado en alguna misión? –preguntó, tratando de averiguar algo.

Fran miraba al infinito, inmerso en sus recuerdos.

–¿Hace mucho que has vuelto? –intentó de nuevo.

Esta vez, Francisco le miró. Volver. Sí, había vuelto.

–Un año.

¡Un año! Y estaba así. El inspector Oristany se rascó la perilla. Llevaba perilla recortada desde hacía un tiempo. A Laura, su mujer, le parecía que le favorecía. Perilla, gafas de hipermetrope... Era de estatura media, tirando a baja, y de piel morena.

–¿De dónde volviste? –reiteró.

–África.

África. La Madre Negra, el caos propiciado por la injusticia.

Fran calló. Escucharon una sirena. La ambulancia no podía pasar por aquellas calles. Daniel puso la mano en su brazo:

–Mejor vamos a buscarlos, ¿te parece?

Francisco se dejó conducir mansamente. En realidad, le daba igual un lugar que otro. No iba a ninguna parte.

Los enfermeros les encontraron al principio de la calleja, en su desembocadura con Sant Honorat, en la fachada del Palau de la Generalitat. El policía les explicó por encima los antecedentes que suponía: una misión traumática en África, un shock que ya duraba un año...

–Seguramente tiene un historial en alguna parte, a ver si conseguís que os informe de dónde.

–Bien, gracias. –El muchacho dudó de cómo dirigirse a él–... agente.

Daniel sonrió.

–¿Dónde le lleváis? –preguntó por reflejo.

–Al Clínico. Le harán una valoración y ya veremos...

Se despidieron. Fran subió sumisamente a la ambulancia y Daniel se quedó mirando hasta que se marcharon.

Luego siguió caminando.

La ambulancia llegó a la esquina de la fachada de la Facultad de Medicina, donde había un parque con unos bancos y donde también se encontraba la entrada al parking del Hospital Clínico.

Bajó hasta las entrañas de Urgencias y se detuvo.

Los enfermeros le ayudaron a bajar del vehículo y uno de ellos le acompañó hasta la ventanilla donde alguien allí, en el subsuelo, preparaba los trámites para la atención hospitalaria. Era una especie de aparcamiento lúgubramente iluminado, con ambulancias estacionadas, paredes de cemento crudo y gris. Olía a asfalto viejo y gasoil.

Un hombre robusto cogió los papeles que Fran había entregado previamente al sanitario.

–¿Qué le pasa? –preguntó afablemente.

–Un policía dijo que es un activista de una ONG. Hace un año regresó de África con shock postraumático.

El recepcionista de la ventanilla revisó los documentos. Allí estaba la tarjeta sanitaria, el carnet de la organización, su DNI... También había un informe médico de un anterior ingreso en Psiquiatría cuidadosamente doblado. Al parecer, el activista lo llevaba siempre encima.

–¿Tiene convulsiones, arritmia cardíaca, ataque de nervios? –preguntó.

–No. Sólo está un poco desorientado.

–Mira, ¿sabes qué?, acompáñalo al dispensario de día.

La consulta psiquiátrica que no requería ingreso estaba en la acera de enfrente, cruzando una calle.

–Oh, vamos, tengo trabajo –protestó el enfermero.

–Lo dejas y vuelves. Serán cinco minutos. Aquí ya tenemos bastantes pacientes. Éste no tiene que ingresar, es evidente.

–¿Cómo lo sabes, eres psiquiatra? –repuso molesto el otro.

–Mírale, no tiene una crisis. Sólo necesita pasar consulta. Si es grave, nos lo mandarán de nuevo.

A regañadientes, el muchacho le indicó a su compañero que volvía en seguida y salió, acompañando a Fran, que estaba totalmente tranquilo,

cómodo al no tener que pensar en nada. Se dejaba conducir. Salieron al nivel de la calle y abandonaron el hospital. Seguía luciendo el sol.

El enfermero le condujo a través del parque hasta el cruce del semáforo.

–¿Te apetece tomar algo? –le preguntó cuando pasaron frente a un bar restaurante.

–No.

Fran le contempló sorprendido.

–Yo me tomaré un café.

Entraron en el bar, que era un local bastante grande, con muchas mesas y una terraza. El enfermero pidió su café, y Fran se quedó de pie. Se dedicó a mirar las fotos y adornos de la pared de enfrente, tras la barra. Había toda una colección de botellas de diferentes marcas de licores, algunas eran históricas, otras, sólo exóticas, de países lejanos. Una le llamó la atención: era un ron fuerte, africano.

–Ponme una copa de eso –le dijo al camarero, señalando la botella.

–¿Esa? –El camarero trató de adivinar si podría pagar esa copa. Parecía un poco ido.

–Son cuatro euros –dijo.

Fran sacó dinero de su bolsillo. Desdobló cuidadosamente un billete de cinco que milagrosamente no se había extraviado, y algunas monedas.

–Cóbrate el café –añadió.

El camarero cogió el dinero y le devolvió el cambio.

–Gracias –dijo sonriendo el enfermero.

Cuando tuvo la copa delante, la vació paladeándola.

Cuando ambos hubieron terminado sus bebidas, el sanitario le cogió del antebrazo y le empujó suavemente hacia la puerta.

–Tengo que llevarte a esa consulta. ¿Estás más tranquilo? –preguntó.

–Yo estoy tranquilo.

–Bien, cojonudo, vamos.

El dispensario de día era una pequeña puerta blanca con el distintivo del Clínico que se abría a una sala de espera y un mostrador. Un largo pasillo se internaba en el edificio.

El enfermero se coló delante de todos y presentó los documentos de Fran a la encargada de recepción.

–Venimos de Urgencias. Me han dicho que aquí le atenderéis.

La chica miró los documentos.

–¿Qué le pasa? –preguntó, al ver el carnet azul de la ONG.

–Parece que tuvo un shock hace un año. En África. Lo ha recogido un policía en la calle. Anda un poco despistado.

La chica tramitó su visita y le hizo esperar un rato. El enfermero volvió a Urgencias y Fran se quedó solo.

Al poco, un psiquiatra le hizo entrar en la consulta.

Fran ya había pasado muchas veces por eso. Respondió mecánicamente a sus preguntas y el médico rellenó un informe. Le dio una copia y le recetó unos medicamentos.

–¿Tiene familia o amigos en Barcelona? –preguntó para terminar.

Francisco le miró como si no entendiera la pregunta. En realidad, era el médico el que no entendía nada.

Sí, claro que tenía amigos. Amigos, ligues, hasta un pariente lejano. Pero ninguno de ellos podía ayudarle. Él había traspasado una frontera que le separaba para siempre de todos ellos, y de todo el resto, sin importar que vivieran en la misma ciudad, o en la misma escalera. Vivían en planetas diferentes.

–No podemos dejarle ir si no llama a alguien –insistió el doctor.

Aquello tampoco era nuevo. El psiquiatra no entendía que él sólo quería vagar por las calles. Eso no era nada malo. No hacía daño a nadie. Le aliviaba de sus recuerdos.

En vista de que el médico no apartaba la mirada, rebuscó en su cartera. Allí estaba. Era una tarjeta de visita. Se la entregó y el facultativo apuntó el número y se lo pasó a un enfermero. Luego le entregó el informe, le

devolvió la tarjeta y le despidió:

–Espere aquí fuera a que vengan a buscarle. Carlos, que no se vaya si no vienen –le indicó al enfermero.

–No te preocupes, no se irá a ninguna parte.

Una vez fuera, el tal Carlos telefoneó al número que le había dado el doctor. Al lado había anotado un nombre: Mónica.

Mónica...

Mónica subió el tramo de escaleras tirando de su maleta por el asa y dejando que las ruedas del trole hicieran un ruido repetitivo al chocar con cada peldaño. Fran sonrió pero esperó arriba, medio dentro del piso, pues el rellano era casi inexistente, un simple peldaño un poco más ancho que el resto, que daba a su puerta.

–¡Bienvenida!

La chica estaba sudando la camiseta en sentido literal, y los ojos de Fran se deslizaron inadvertidamente hacia las manchas de sus pechos, pequeños y puntiagudos, sobre la camiseta gris de algodón. Pero de inmediato sujetó su maleta y entraron.

–Estoy muerta. ¿Tienes ducha? Me vendría bien darme una ducha.

Sus manos estiraron su camiseta intentando que las manchas de sudor no la pegaran a su cuerpo.

–Si, claro. Está allí. –La acompañó al baño por un pasillo estrecho y oscuro. La iluminación era muy deficiente. Pasaron frente a una habitación–. Ésta es tu habitación –dijo.

Mónica había aterrizado en el aeropuerto tres horas antes. Un responsable de la ONG la había recogido en un coche y la había dejado en el portal del piso donde Fran estaba alojado provisionalmente, en espera de partir hacia la zona rural (o mejor dicho, la 'tierra de nadie'). Ella era la última del equipo. Pronto empezarían su campaña.

La chica sacó su neceser de la maleta y lo dejó sobre la cama. Miró con cierto desaliento las paredes desconchadas que en su día estuvieron pintadas de verde. Resultaba curioso, todas las paredes del mundo de aquellos años, es decir, cuando pintaron el piso, mostraban el mismo verde desvaído y melancólico. Recordaba tener una película familiar en que su familia celebraba la Nochebuena en un cuarto pintado exactamente

igual, y la pintura ya era vieja entonces.

Era como haber retrocedido bastantes años en el tiempo.

Fran escuchó el ruido del agua al caer. Habían tenido suerte de que no les cortasen el agua corriente. En breve se marcharían al lugar de su campaña, y aquel piso destartado les parecería un palacio.

Para intentar no imaginar el cuerpo desnudo de su compañera revisó el equipo que debían llevar. Había un poco de todo. Las pastillas potabilizadoras eran básicas, y una buena navaja. Él llevaba dos: una multiusos suiza y una grande de Albacete, sólida y con un buen seguro. Para las campañas aconsejaban las de hoja fina (solían ser francesas, con mango de madera), pero a él le tranquilizaba más la recia albaceteña.

También una buena cantimplora, repelente de mosquitos(aunque le habían dicho que era misión imposible, que se acostumbrara), un encendedor de mecha, de los que no necesitan combustible, que prenden una mecha de colores a base de las chispas de la piedra (es decir, un verdadero mechero, como su nombre indicaba); los papeles y documentos debidamente plastificados para no echarlos a perder; el carnet de la organización; unos chalecos blancos con las letras en azul; una emisora de UHF, además de su móvil, y una linterna recargable por batería solar. La cuestión de la ropa era discutible. Había quien les aconsejaba prescindir de la ropa interior para evitar rozaduras y hongos, pero otros aconsejaban determinada ropa muy cómoda y transpirable, de una conocida marca de equipamiento.

El calzado también era importante. Los pies iban a sudar mucho, y a recibir un duro castigo, así que cada uno y una elegía el que más confianza le daba. Le habían contado que algunos activistas empezaban con zapatillas deportivas y calcetines de algodón y terminaban descalzos, y otros preferían las sandalias, aunque también esas había que elegir las cuidadosamente.

Y luego estaba la protección solar, las cremas y demás. Gafas de sol, sombreros (imprescindible), pañuelos para el sudor, el sol e incluso el frío. En fin, el equipaje era una especie de apuesta en la que seguramente faltaban cosas esenciales y sobraban muchas otras. Cada miembro de la campaña, al final, solventaría los inconvenientes sobre la marcha.

Mónica ya había terminado de ducharse y la oyó caminar descalza hasta su habitación, seguramente envuelta en la toalla.

Curiosamente, su siguiente recuerdo de Mónica fue en plena campaña. En medio de un campo de refugiados medio muertos de sed y hambre. Había

niños muy pequeños agonizando por doquier.

Otro de los miembros había sufrido un ataque de nervios por la impotencia de su situación. Habían pasado el día haciendo llamadas internacionales a sus comités pidiendo ayuda. Pero los fondos habían sido bloqueados por algún trámite burocrático, o seguramente porque algún cerdo no había recibido su soborno a tiempo. 'Engrasar el sistema', lo llamaban cínicamente.

Habían acostado al pobre muchacho que había sucumbido al estrés con una buena dosis de tranquilizantes y Fran estaba en su tienda compartida. Habitualmente la ocupaban tres de ellos, pero en ese momento estaba él solo. Miraba fijamente el farol de gasolina calculando cuántas noches duraría, tal como estaban las cosas, y cuándo debería empezar a alumbrarse sólo con la linterna, cuando la puerta de la tienda se abrió y una mano femenina descorrió la mosquitera lo justo para entrar.

–Hace un calor sofocante. Si no tuviera tanta sed, estaría sudando a mares –comentó Mónica.

Efectivamente, las manchas de sudor ya no dibujaban indiscretas siluetas en su camisa color camel, que en un tiempo fue anti mosquitos, pero que, al parecer, había dejado de serlo. La chica se rascó un bulto en su antebrazo.

–No te rasques, es peor –dijo él, recordando la primera vez que la vio y cómo el sudor marcaba sus senos, y lo mucho que le había costado no fijarse en eso entonces.

Hacía semanas que ya no intentaba disimular cuando la miraba, ni a ella le molestaba. Sus miradas se cruzaban de cuando en cuando, pero no les parecía honesto un acercamiento entre tanta mortandad. Cumplían con su labor hasta caer reventados de cansancio y vuelta a empezar al día siguiente.

Pero aquellas noches no había gran cosa que hacer hasta que no hubiera agua y alimentos que repartir, de forma que los calores nocturnos empezaban a hacer mella en su ánimo. Y, de alguna forma, sus instintos trataban de apartarlos de la idea de la muerte y llevarlos de vuelta a la vida.

Ella se sentó a su lado, y se puso a mirar el farol a su vez. Luego, lentamente, se quitó la camisa y la extendió a su lado para que se secara. Sin poder evitarlo, Fran besó su hombro. Era algo más cercano a la glotonería que a la lujuria. Le parecía un dulce dispuesto para él. Sintió la sal sobre su piel, y la lamió sintiendo cómo se excitaban los dos. Siguió

lamiendo hasta que llegó a sus pechos.

Entonces, ninguno de los dos pudo detenerse.

Una chica mucho más atlética y fibrada que la de sus recuerdos entró en el ambulatorio una hora después. Inmediatamente le vio y se tiró sobre él para abrazarle.

–iFran!

Él recibió el abrazo con placer pero con pasividad.

El enfermero estaba por allí en ese momento y llevó aparte a la chica y le dio instrucciones. Pero ella ya sabía todo lo que necesitaba saber sobre el estado de su amigo. Tras escuchar pacientemente, cogió a Fran del antebrazo y lo sacó de allí.

–Dicen que vas dando paseos sin sentido por ahí –comentó medio en broma.

–Me ayuda. No hago mal a nadie.

–No, estoy segura de que no.

El guerrillero se quedó tan sorprendido como ellos de encontrarlos allí. Por reflejo les apuntó con su kalashnikov y ellos dos levantaron las manos. El río seco estaba por detrás.

Fran le miró a los ojos. No tendría más de doce años, pero era alto.

Mencionó el nombre de su organización, como si eso supusiera una diferencia para aquel niño soldado de cualquier ejército local.

No había ningún otro por allí. El soldado no llamó a nadie, ni escucharon nada. Mónica sonrió con timidez, y le hizo un gesto señalando su cantimplora.

–Para ti –dijo.

Fran se sacó el reloj. Era grande y muy útil, impermeable, con cronómetro, altímetro y varias cosas más.

–Para ti –dijo, y se lo arrojó a los pies.

Mónica le imitó y lanzó la cantimplora.

Era sólo un niño perdido.

Hizo un gesto que quería ser decidido con el cañón de su arma, para que se apartaran, y ellos retrocedieron varios pasos con mucha precaución.

En un par de segundos sabrían si iban a vivir o a morir. Nada le impedía dispararles y coger todo lo que llevaban.

Pero sólo era un niño perdido.

Cogió el reloj y la cantimplora y salió corriendo.

Lo más probable es que hubiera escapado de sus reclutadores, los señores de la guerra.

De cualquier guerra, de cualquier clan, de cualquier país.

Cuando el niño soldado desapareció tras la maleza, Mónica sintió que le temblaban las piernas y una enorme emoción trataba de liberarse de su pecho, una mezcla de llanto y desolación. Fran no lo dijo, pero sintió lo mismo. Se abrazaron.

Ni siquiera se besaron, esa vez. Sólo se quedaron allí unos minutos, juntos, sintiendo la respiración acelerada del otro.

–Hemos de volver de inmediato –dijo ella.

Y así lo hicieron.

Mónica le llevó al parque que estaba enfrente del hospital y se sentaron al sol.

Al fin llegó la ayuda. Su comité enviaba un camión cisterna con agua y otro con varios kilos de comida, leche nutritiva y raciones de medicinas. Un todoterreno de los cascos azules escoltó a los dos camiones. De él descendió un sargento.

--Me alegro de encontrarles aquí –dijo–. Parece que la zona está tranquila. Volveré por la mañana.

Los habitantes del campo de refugiados que todavía podían moverse se acercaron a los camiones suplicantes.

Estrecharon la mano del sargento, que subió de nuevo al vehículo y abandonó el campo.

Ellos eran dos equipos de tres personas, más los choferes de los camiones, que parecían querer responsabilizarse de su carga. Eran

africanos y quizá no confiaran en los activistas. Se pusieron a la tarea sin esperar más. Ya habían esperado demasiado.

El equipo de Mónica había marchado a la capital hacía dos días para resolver otras cuestiones también imprescindibles. Quizá habían sido los que habían logrado que la ayuda llegase hasta ellos. Si era así, no tardarían en volver al campo de refugiados.

Ella cerró los ojos al sol y extendió las piernas. Luego cogió su mano.

–Yo podría haber estado allí con vosotros. Habría muerto como los demás.

–Yo debería haber muerto allí. Hubiera sido todo más fácil.

Ella sonrió:

–Sí, allí morir era fácil. Lo difícil era sobrevivir. ¿Te llevo a casa o a tu piso? –preguntó.

–¿Y qué diferencia hay? –Fran se quedó mirando al infinito.

–Espero que haya alguna –respondió ella con cierta ironía.

Finalmente Fran eligió su piso para pasar la noche.

El inspector Daniel Oristany salió de su comisaría en La Trinitat y miró el reloj. Era casi la hora en que Laura llegaría con Arturo. A diferencia de casi todos sus compañeros, no tenía coche.

Utilizaba los transportes públicos cuando le era necesario, aunque vivía cerca de su lugar de trabajo y podía llegar caminando, o bien los coches camuflados que le proporcionaba el Cuerpo.

No sentía miedo. No había estado implicado en casos de resonancia pública, ni se sentía en peligro. Iba armado, por supuesto, pero eso le parecía simplemente algo consustancial a su trabajo. No recordaba que ningún detenido se la jurase, en parte porque trataba siempre de comportarse decentemente. Eso a veces le había ocasionado problemas, porque no todos pensaban igual, ni en el trato a los detenidos ni en los métodos que usaban para conseguir resultados.

Y usar el metro o el autobús le permitía sentirse un ciudadano normal como cualquier otro.

La multitud podía ser una buena compañía, o a veces mala. Pero era una

compañía.

Laura, su esposa, era profesora, y Arturo era su hijo de diez años. Ella le recogía tras las clases y juntos regresaban a su piso. El horario de Daniel era bastante irregular, según el caso que llevara entre manos, pero algunos días podía cenar con ellos.

Aquel era uno de esos días.

Puso la cerradura en la puerta y la giró intentando no hacer ruido. Le gustaba sorprender a su hijo y, de paso, a Laura. Escuchó a su esposa hablando con su hijo de algo. Le pareció que le decía algo sobre cenar, y Arturo se hizo el remolón. Él sabía que retrasaba ese momento todo lo que podía con la esperanza de que su padre apareciese en el último momento.

Al fin, Arturo adivinó que había llegado y salió de su cuarto con una gran sonrisa. Estaba en esa época en que los niños no quieren dejar traslucir sus emociones porque eso les parece demasiado infantil y les causa un cierto sonrojo.

–¿No es hora de cenar? –preguntó Daniel.

–Eso decía mamá –respondió Arturo con esa mezcla infantil y de imitación de adulto que hacía de esa edad una época adorable.

–Pues habrá que hacerle caso.

--Así me gusta –. Laura había salido del cuarto de su hijo y se había quedado mirándoles.

Existían pocas cosas más satisfactorias para ella que verles juntos y en armonía –. Que me hagáis caso los dos.

La mesa estaba preparada, y Daniel ayudó a sacar los platos, y se sentaron a cenar. La televisión, como convidada de piedra, seguía haciendo ruido de fondo. Durante una época intentaron cenar sin ella, pero, al parecer, poseía un atractivo irresistible. Daniel ya se había resignado, y a Laura no parecía importarle.

Cuando la maravillosa sensación de estar en su hogar con su familia remitió un poco, sus pensamientos comenzaron a divagar hacia los casos que tenía pendientes. Nada fuera de lo corriente, simplemente un ruido de fondo diferente al de la televisión. Así transcurrió la velada.

Luego, como de costumbre, Laura envió a su hijo a la cama, y éste trató

de posponer ese fatídico momento, sin excesivo éxito.

Quedaron ellos dos solos en el sofá enfrente del televisor, al cual Daniel había reducido el volumen.

Cruzaron las frases de costumbre acerca de sus respectivas jornadas. No por rutinarias contenían menos cariño, pero ambos sabían que algunas cosas eran imposibles de compartir. Además, los problemas eran siempre parecidos. Sin embargo, la cercanía de ambos, sus manos una en la otra, sus miradas o la simple certeza de su presencia, eran un bálsamo para ellos.

Cuando al fin se acostaron, el sueño les llegó en paz.

Por la mañana sonó el despertador, arrancándoles de mundos mejores y arrojándoles en éste.

Laura era más fuerte o simplemente más disciplinada que Daniel y se levantó casi de inmediato.

Preparó el calentador y la escuchó darse una ducha. Sabía que tenía unos veinte minutos de hacer el vago antes de que ella saliera perfectamente aseada y maquillada para enfrentarse a sus "pequeños monstruos". Miró el despertador casi cada cinco minutos, para alargar ese tiempo de receso del diario absurdo. En eso estaba cuando el recuerdo del activista con shock cruzó por su mente.

Cuando ella salió del baño, Daniel ya estaba en pie, preparando el desayuno. No había mucho que preparar: leche de soja, galletas integrales y mantequilla. Él se tomaba un café solo antes del baño, así que había que añadir el tiempo de la cafetera.

Cuando se hubo afeitado alrededor de su perilla y se aseó debidamente, se encontró con Laura ya terminando su parte del desayuno. Arturo empezaba a moverse, azuzado por la madre.

Finalmente, madre e hijo le dieron besos y un abrazo y salieron a toda prisa hacia la escuela.

Era el momento en que él, una vez solo en el piso, examinaba su arma y se la sujetaba debidamente, repasaba el plan del día y, si tenía que realizar trabajo de campo, solía ser la mañana el momento adecuado. Por eso, en la comisaría estaban acostumbrados a que no fichara casi nunca a la hora, sino cuando ya llevaba bastante tiempo trabajando. No era el procedimiento oficial, pero a él le daba resultado. Y eso era lo que contaba: los resultados.

Aquella mañana decidió acercarse al Hospital Clínic. En concreto, se acercó a la recepción de Urgencias y preguntó por el activista.

–Lo siento, no podemos darle esa información –le dijo el encargado.

–Yo llamé al 061. Me dijeron que le traerían aquí. Sólo quería saber cómo estaba.

–Ya, verás, no puedo entrar en el ordenador a menos que usted mismo sea el interesado.

–Sí, claro. Perdona.

Sólo sentía curiosidad, así que no se molestó en enseñar su placa, intentar evitar que le pidieran una orden judicial ni ninguna de esas zarandajas habituales. Simplemente, salió del hospital y se tomó un café enfrente. Había allí un par de enfermeros y tres camilleros.

El camarero le sirvió su taza y él agitó el azúcar. Uno de los camilleros se volvió.

–Hola –dijo.

Daniel se le quedó mirando. Su rostro le pareció familiar.

–Usted fue el que nos llamó al Barrio Gótico –siguió– ¿Se acuerda?

–Ah, claro, tú eres uno de los dos de la ambulancia.

–Sí. ¿Sabe algo de su amigo?

–Justo por eso he venido, para enterarme de su estado, pero no me quieren dar la información.

–Sí, ahora eso se controla mucho. Más burocracia y papeleo. Le llevamos aquí al lado, al ambulatorio de día, al psiquiatra.

El camillero terminó su bebida y se levantó.

–He terminado mi pausa. ¿Quiere que vayamos al ambulatorio y preguntemos por su amigo?

–Si no es molestia...

Daniel sabía que eso sería ilegal, pero de todas formas lo agradeció. Terminó su café y pagó.

El camillero le acompañó hasta la puerta del dispensario. Entraron y se dirigió a la mujer que estaba en la ventanilla.

–Hola, preciosa.

–Ya estamos dando coba. ¿Qué quieres?

–Este hombre es policía –Daniel se sorprendió de que el camillero lo recordase–. Y está interesado en el ingreso de ayer.

–¿Cuál de ellos? ¡Aquí trabajamos mucho! –protestó con una sonrisa.

–El del activista, ¿recuerdas? Shock postraumático, desorientación, en fin...

–Ah, el pobre de la ONG. Sí, claro que me acuerdo. Se le visitó y llamó a una persona que le recogió –explicó la mujer.

–¿Cómo se encuentra? –preguntó Daniel.

–Mire, yo sólo soy la que hace los ingresos. Los doctores no me explican sus casos, además, no pienso molestarles por esto.

–Bueno, alguien se hizo cargo, ¿verdad? –volvió a preguntar.

–Sí, vino una chica y se marcharon juntos. Eso es todo.

–Bien, gracias, a los dos –dijo, estrechando la mano al camillero.

–De nada.

Por alguna extraña razón, el inspector se sintió mejor al saber que alguien se había cuidado de aquel hombre. Parecía muy perdido.

Fran se revolvió en su cama todavía dormido. Sus ojos se movieron tras los párpados, mirando una escena que sólo estaba en su mente.

Siempre soñaba, pero casi nunca recordaba nada de lo que soñaba, excepto las sensaciones que le quedaban, que eran extrañas y confusas.

Despertó con un fuerte dolor de cabeza. Había estado soñando, pero no recordaba nada. Sólo la sensación de desastre total y hundimiento moral permanecía en su interior. Eso se repetía casi cada mañana desde que volvió de África. Los medicamentos no le ayudaban mucho a despertar.

Se levantó de su lecho en un cuarto pequeño y relativamente sucio. El polvo había cubierto los escasos muebles, apenas una mesa y unos estantes. Cuando empezaba a sentir picores y molestias en sus labios por la noche se decidía a limpiar un poco. El resto del cuarto seguía una línea parecida. La cocina estaba un metro escaso de la cama. Calentó café y buscó algunas galletas dentro de una caja de lata que tenía unos grabados antiguos de Holanda. Todavía quedaban algunas.

Lentamente su conciencia volvió al mundo. Subió un palmo la persiana del ventanal que ocupaba casi toda la pared oeste, la opuesta a la puerta de entrada y el sol le confortó.

Sentía la firme presencia del Mundo en el exterior, pero le parecía que estaba excluido de él, como un simple espectador, a pesar de haber intentado muchas cosas. Había tratado de ayudar, de formar parte de esa vida que se desarrollaba ahí fuera, bajo su ventana.

Le costaba mucho esfuerzo volver a la realidad cada mañana, lo mismo que decidirse a realizar cualquier actividad rutinaria. Lo intentaba. Lo intentaba con ahínco, pero siempre le parecía que no estaba a la altura. Sabía que debía abandonar esa vida, pero era incapaz. No sabía cómo.

Pero también sentía que algo o alguien, dentro de sí, le comprendía, y esperaba que algún día le ayudase, que se materializase en forma concreta y le ayudase. Algún día la vida le daría ese 'algo' difuso que le faltaba para ser una persona de verdad, y tener una vida de verdad, como la de los demás.

Al contrario que a muchos depresivos, la ducha diaria le encantaba.

Abrió el grifo y se dejó recorrer por decenas de hilos de agua tibia. Durante sus misiones en África una de las cosas que más había echado en falta había sido una ducha decente de cuando en cuando. Eso fue antes de que se terminase su suministro de agua potable y el simple hecho de beber un vaso de agua limpia fuese todo un lujo. Desde entonces, apreciaba un buen sistema de agua corriente.

En su interior surgió un sentimiento de gratitud hacia la Inteligencia Cósmica y los ingenieros humanos. Recordó una experiencia casi mística que le sucedió una mañana en Lanzarote, cuando, al beber del grifo del agua potabilizada por el esfuerzo humano, había sentido 'algo'. Un algo como una presencia, o una energía de amor. Era difícil concretar qué había sido ese 'algo' especial. Pero ahora tuvo un sentimiento similar al sentir sobre su piel los rayos de la ducha.

La limpieza corporal le parecía un símbolo de una renovación interior.

Tras ducharse y vestirse, salió a hacer su café matutino. Quería pasarse por la Facultad de Física para ojear un par de libros, así que tomó el metro y se bajó cerca del alto edificio.

Buscó una cafetería donde pudiera tomar su dosis de cafeína y encontró una de buen aspecto en un local de una cadena multinacional. Entró.

La camarera latina le sonrió.

–¿Qué le pongo?

–Un café solo –dijo él.

La chica era menuda, morena y muy atractiva. Era muy joven, comparada con él. Se sentía viejo, estropeado, mutilado. Nunca podría estar con alguien como ella. Sintió que la desazón anclada en su ánimo gruñía tratando de salir a la superficie. La ignoró y se concentró en tomar su café. Estaba muy bueno.

–¿Eres profesor? –preguntó la chica, sobresaltándole.

–No, no.

La camarera esperó un par de segundos, pero ante su mutismo, se fue al otro lado de la barra. Le miró con esa mirada de quien ha detectado 'lo extraño'. Lo raro, lo *friki*. Fran se dio cuenta.

–Estoy de baja médica –explicó en un tono de voz lo suficientemente alto para que ella lo escuchara. La chica volvió a acercarse.

–Ah, ¿y qué te pasa? –preguntó sin demasiados complejos.

–Tengo un shock. Estuve en una misión en África y todo salió tremendamente mal.

–Lo siento –dijo ella, pero le sonrió con simpatía. Ya no era un 'raro', sólo un hombre herido.

--Eres colombiana –afirmó él– ¿Cómo te llamas?

–Ignacia. ¿Cómo sabes que soy colombiana?

–He estado en muchas misiones antes de la de África. He conocido muchas chicas latinas. Reconozco los acentos. Yo me llamo Fran.

Los ojos de la camarera brillaron un poco.

–Ah, ¿y qué tal?

–Todas buenas chicas –dijo sonriendo Fran.

Se terminó su café y dejó el importe que marcaba la tabla de precios, más una pequeña propina.

–Bueno, que tengas buen día –dijo él.

–Gracias, igual –le contestó la chica.

Entró en el edificio y fue hasta la biblioteca de la Facultad. Había un chico en el mostrador, y algunas mesas medio llenas. Reinaba un silencio denso, lleno de sonidos de hojas de papel, bolígrafos escribiendo y alguna tos reprimida.

–Si me dices qué libros quieres, te indicaré la estantería.

Le tendió un papel donde había escrito un par de títulos, previamente buscados en Internet.

–La tercera de la derecha, sobre el segundo estante, más o menos. Estarán cerca uno del otro.

–Gracias.

No le costó encontrar los dos libros. Eran clásicos. Quería consultar un par de detalles que había encontrado en sus búsquedas en Internet. Detalles que le faltaban para reconstruir un puzzle de ideas.

Allí estaba, en el cuarto capítulo. Tomó sus notas y ojeó el segundo libro. Pasó en esto un par de horas, cotejando los datos, buscando por todo el resto de las páginas información que completase las citas, pero no encontró nada más. Sólo los dos apuntes que había ido a buscar.

Volvió a toda prisa a su habitación para intentar encajar aquello con el resto de sus ideas, manuscritas con letra pequeña y nerviosa en unas docenas de folios.

Estaba cotejando sus notas con los apuntes que había conseguido en la Facultad de Física cuando sonó una melodía.

Durante unos instantes se quedó desorientado, hasta que recordó que Mónica le había conseguido un teléfono móvil de segunda mano. Lo buscó siguiendo el sonido. Justo cuando lo desenterraba de debajo de una camiseta tirada sobre la cama, cesó la melodía. La pantalla avisaba de una llamada perdida de la chica. ¿Quién iba a ser sino? Era casi su único

contacto personal.

Devolvió la llamada y escuchó los tonos.

–Hola, Fran.

–Hola. Me has llamado.

–Sí, quería saber cómo estabas.

–Bien, gracias.

–Sí, ya –La ironía traspasó la distancia que les separaba–. Bueno, si alguna vez decides pasar la noche conmigo, que sepas que no estoy enfadada por lo de ayer. Un poco sorprendida sí, pero no enfadada.

–Verás, no es que no quiera... es difícil de explicar.

–Bueno, no importa. O sí, pero qué más da. Es parte de tu shock, supongo.

–Sí, creo que sí. No es sólo contigo. No veo a nadie, y no me siento mal por ello. Supongo que se me pasará.

–Eso dijeron hace un año –suspiró ella al otro lado–. Sólo quería que lo supieras. Tómate tu tiempo.

La voz de Mónica sonó lacónica. Neutra.

–Te llamaré. Gracias.

Colgó tras escuchar la despedida de su amiga. Dejó el teléfono sobre sus notas con cierta desesperación.

En su interior sólo había lugar para dos estados de ánimo: la apatía y la ira. Sintió que la ira se despertaba en él. Rabia por lo que se había convertido. O en lo que él pensaba que se había convertido. Incapaz de llevar una vida normal, incapaz de mostrar la atracción que sentía por Mónica. Incapaz de recuperar su vida.

El shock postraumático podía despertar de inmediato o tras años de aparente normalidad. Y podía tardar lo mismo en desaparecer, si es que lo hacía. El psiquiatra le había dado esperanzas: un shock agudo e inmediato tras una experiencia muy traumática podía reventar de inmediato y llegar a una pronta curación. Pero no antes de unos tres años.

Y Fran dudaba de que algún día recuperara una vida normal.

Invadido por la rabia, salió a la calle y caminó sin rumbo, tenso, con los puños apretados.

Las emociones contrapuestas y caóticas bullían dentro de él, como si tuvieran vida propia. Como si tuviera personalidad múltiple y varios 'Fran' se disputasen el control.

Incapaz de dominarse, caminó con paso rápido.

Caminó durante un par de horas. Lentamente se sintió volver al estado de apatía que era lo más parecido a la paz que podía alcanzar.

Al fin, llegó al Passeig de Gràcia y caminó entre los manteros que ofrecían bolsos falsificados y gafas de sol de nula protección a los turistas. Todos ellos eran africanos. Una punzada de miedo atravesó sus nervios, como si su oscura piel pudiera convertirse de pronto en metralletas y machetes. Como si su presencia allí pudiera secar las fuentes y dejar sin agua potable a la ciudad.

Y entonces se detuvo ante uno de ellos.

Era casi un niño. Estaba colocando las gafas de sol sobre el pareo. Al principio ni se fijó en él.

Luego levantó la vista con una sonrisa, quizá esperando venderle alguna. Al cabo de unos minutos de desconcierto, la memoria pareció volver a él. Su rostro se contrajo en una mueca y Fran supo que aquel niño estaba igual de traumatizado que él. Trataba de dejar atrás su pasado.

La mirada de Fran se había clavado en el reloj de adulto que el africano lucía en su muñeca, y quizá eso fue lo que le hizo reconocerle.

Asustado, empezó a quitárselo y Fran adivinó que iba a devolvérselo.

–No, es igual. Quédatelo –Sonrió, o lo intentó. Fue una sonrisa con mucha carga de tristeza, pero amistosa.

El niño soldado estaba avergonzado. Bajó la vista.

–Me quedaré aquellas –dijo Fran al fin.

Desconcertado, el niño le dio las gafas que deseaba. Rechazó el dinero de Fran.

–¿Estás bien? –preguntó éste.

–Sí.

–La chica y yo estamos bien.

El niño africano no pudo ocultar su escepticismo ante esa afirmación, pero no dijo nada.

Lentamente, como si dudase, Fran sacó de su cartera una tarjeta de su comité y se la ofreció.

–Si necesitas ayuda, nos ocupamos de estas cosas –dijo. Su voz sonó áspera, como si hubiera olvidado cómo hablar.

No quería ni siquiera imaginar por los trances que habría pasado aquel niño soldado, abandonado, raptado, hasta llegar allí.

No quería imaginarlo, pero lo sabía muy bien. Por eso no le costó renunciar por segunda vez a su reloj, ni le guardó ningún rencor. Aquel niño era la víctima auténtica. Él y todos los que murieron en aquel campamento.

Fran sólo se consideraba parte del drama. Cuando se alejó de aquellos 'top-manta' sintió que alguna fibra de su interior se relajaba. De alguna forma, se había reconciliado con parte de su trauma en la figura de aquel niño.

Volvió lentamente a su piso y se preparó un café.

Miró largamente el teléfono celular que había abandonado sobre sus notas de Física y finalmente lo cogió. Buscó en la agenda el nombre de Mónica y pulsó el icono de llamada.

Al otro lado, la chica contestó tras un par de segundos o tres.

–Fran...

–Mónica, ¿sabes a quién me he encontrado?

Le explicó su encuentro. De pronto las palabras dormidas en su interior pugnaron por aflorar a la superficie y surgieron a través del móvil. Habló durante muchos minutos de cómo se sentía, de cómo lo sentía, de la ira y la rabia que le consumían, de su impotencia para mantener con ella una relación verdadera.

Cuando terminó, Mónica sollozaba al otro lado del vínculo inmaterial que

les unía.

–Quiero estar contigo –dijo él–, pero no sé si sabré.

–Lo intentaremos –respondió ella sorbiendo sus lágrimas–. Todo saldrá bien –dijo.

Cuando colgó, se tomó el café y se tumbó en su cama.

Y , por primera vez desde que volvió de África, se sintió en paz consigo mismo y con el mundo.

Capítulo 2

2

La tertulia

Una pequeña multitud se había congregado en aquel local donde se celebraban tertulias literarias y donde se servían copas en unas mesas redondas. En la calle se juntaban corrillos de fumadores en animada charla. Era una calle estrecha, con un teatro enfrente, así que los grupos la ocupaban enteramente.

El local tenía vidrieras formadas por cristales individuales de treinta centímetros por veinte, amarillos y era una cafetería de moda, grande, con las mesas de madera y mármol y las sillas de madera oscura, crujiente. En las paredes había expositores con trípticos y hojas de varios colores informando de actividades, colectivos, obras, excursiones y reuniones de 'singles'.

Los '*su estilo es estremecedor, diáfano y descarnado*' y los '*me encanta su rima libre, tan surrealista*' se mezclaban con los '*me pone su metáfora*' y '*¿qué haces después de la charla?*', y dentro las mesas estaban al completo.

La pareja que organizaba todo aquello eran Carlos y María. Él colaboraba en varias revistas literarias de aficionados y ella, que lucía pírsines diversos, estaba inmersa en varios movimientos alternativos. Ambos regentaban el local, que a medias era un círculo artístico y a medias una cafetería de moda, con cócteles refinados de escuela de hostelería. Era uno de los lugares imprescindibles en todo periplo nocturno que se preciase.

La estrella de la noche era Amadeo Rodríguez, un joven de veintiséis años, con gafas y una perilla que incluía un bigote afilado al estilo de los románticos. Se había sentado a una mesa sobre una pequeña tarima donde sus papeles estaban diseminados en algún orden que sólo él conocía.

Para cualquier otra persona, sería un desorden total. Aquella mesa era una metáfora de su vida.

Sobre ella también había un micrófono cuyo cable colgaba hasta el suelo y desaparecía tras la tarima.

Observó con curiosidad a su público: jóvenes y no tan jóvenes de diverso estilo. Los había indudablemente antisistema, pero también había parejas

bastante 'nerd' y algún que otro maduro aspirante a entendido.

Abundaban los solitarios, sentados en mesas junto a otros y otras como ellos, mirando extasiados a los grupos, cuya conversación subía de tono gradualmente, conforme el ambiente de la estancia se iba caldeando y las copas iban circulando.

Aquel barrio era Gràcia y tenía tradición en eso de las tertulias de todo tipo.

El barrio de las fiestas populares más famosas de la ciudad, con calles estrechas que se engalanan en agosto, con decoración de pasta de papel y plásticos reciclados que se convierten, por obra y gracia de la habilidad vecinal, en dragones, naves espaciales o personajes del cine, con hileras de adornos de balcón a balcón, peces de papel o lo que venga al cuento que se cuente en esa calle. Un barrio con una plaza zapatista y un centro moral gitano, una casa okupada y muchos bares de mojito y caipirinha. Carteles donde se puede leer "refugiadas, bienvenidas" cuelgan de las balconadas. Y el cine Verdi, el único donde se pueden ver determinadas películas de autor.

Llegar a dar una declamación poética en aquel lugar estaba sólo un poco por debajo de publicar en papel unos ochocientos ejemplares para que los colectivos los distribuyeran en sus locales de barrio. En lugar de eso, distribuirían ejemplares de la revista en que colaboraba, donde podrían encontrar unos cuantos de sus poemas, y unas fotocopias de su intervención de esa noche.

Era lo más parecido a 'triunfar' que Amadeo podía esperar, y se sentía dichoso. En realidad, se sentía excitado. El lugar estaba lleno de chicas sin pareja, solas o en grupos, y sus ojos brillaban cuando le miraban. Él era la estrella de la noche.

Por él habían acudido. A escucharle, a conocerle.

Carlos se acercó a él y le indicó que iban a ir empezando. Dio unos toques al micrófono. Las voces fueron disminuyendo de volumen.

–Hola, hola –murmuró al micrófono con su voz porteña y sugerente. Los altavoces hicieron reverberar ligeramente su tono grave, como si en el local hubiera eco. Era un truco efectista que siempre funcionaba–. Hola, hola –repitió, y las voces callaron totalmente–. ¿Qué os parece si empezamos la velada poética? ¿Conocéis a Amadeo? Yo os lo presento. Amadeo...

El poeta se levantó en su mesa y fue recibido con una tanda de aplausos.

–Amadeo colabora en la revista 'Aires Nuevos', del Aula de Poesía del Casal del Barrio. Publica habitualmente en su web y ha accedido a venir a nuestra tertulia para una lectura de su obra. ¿Os parece que empecemos?

Gritos de 'sí, sí' y aplausos sonaron desde las mesas.

Carlos le hizo una señal, y el poeta se sentó. Movi6 la silla hasta que se sintió a gusto y acercó ligeramente el micrófono, todo lo cual causó ruido a través de los altavoces. Carlos y María se miraron.

Finalmente, comenzó. Suavemente, para ir subiendo la tensión y el volumen de su voz, declamando.

Su voz atronó, vibró, emocionó. Su público estaba predispuesto a favor suyo, y su poesía estaba en la onda que podían apreciar, de forma que fue una velada agradable e incluso memorable para algunas.

Mientras declamaba sus versos, sus ojos buscaban ojos femeninos, formas femeninas en las que volcar su emoción, su pasión. Y en alguna de esas miradas encontró eco. Algunos de aquellos cuerpos se estremecieron, imaginando que los versos les eran especialmente dedicados, como si el poeta las hubiera adivinado antes de conocerlas y ahora que las miraba, hubiera estallado su pasión.

Otras sonrieron. Veían al joven burgués que nunca había acudido a sus manifestaciones, cuyo interés era meramente personal y egoísta. Y empezaron a comentar al oído de sus parejas.

La declamación duró una hora, sin interrupciones. Tras ella, algunos presentes se acercaron a su mesa y se entabló un fluido diálogo.

El poeta descendió de su olimpo en forma de tarima y se mezcló con los demás asistentes. Algunas mujeres gastaron bromas, o encomiaron sus poemas, mientras que sus acompañantes y los otros jóvenes intervinieron para demostrar su sensibilidad. La charla era animada. Un par de intelectuales, o aspirantes a ello, soltaron una intensa crítica, a Amadeo y a la literatura en general, hasta que alguien bostezó ostensiblemente.

Ella esperó hasta que Amadeo se cansó de charla insustancial y buscó refugio tras un vaso y la soledad. Entonces se acercó.

–Hola. Soy Tayra.

Amadeo parpadeó. Miró a la chica, que se había situado a su lado, y sonrió. Era muy atractiva. Instintivamente sus ojos descendieron por un instante hacia su busto.

–¿Tayra? Nunca había escuchado ese nombre.

–Es escocés. Creo que es un toponímico –explicó. Aparentemente estaba acostumbrada a dar esas explicaciones cada vez que se presentaba a alguien.

–Es muy bello. –Sorbió un trago de su vaso.

–Tu poesía me ha llegado. Gracias. –Él también estaba acostumbrado a esas palabras.

–Me ha llegado muy hondo –suspiró en la palabra ‘hondo’–. Tu frase: ‘Recorrer la esfera del mundo prendido de tu mirada’. ¿De verdad recorrerías el mundo tras una mirada?

Se atragantó.

–Es poesía –dijo escuetamente.

–‘Poder vivir entregado a tu cuerpo, hundirme en tu carne, perderme’. Son sentimientos intensos. Me han excitado.

Aquí tragó saliva, asustado. Quizá era una de aquellas que no conocían la diferencia entre la poesía y la vida real.

–Es poesía. Ha de ser impactante y bella.

–Pero tú eres sincero al escribir eso, ¿verdad?

Miró sus ojos antes de responder. Lo mejor era desengañarla cuanto antes. Él escribía porque le gustaba. En todo lo demás era totalmente vulgar. No era el tipo de persona que se embarca en un velero para buscar a su amor en la otra parte del mundo, ni...

Lo cierto es que aquella chica le estaba seduciendo. Se sintió caer en el deseo. Un deseo desesperado. Pocas veces le había sucedido eso, y era una sensación deliciosa que le envolvía y le urgía a satisfacerla.

–Sí, claro que soy sincero –dijo, casi sin darse cuenta de lo que hacía, tratando de separarse de su mirada, de su sonrisa seductora y de la suavidad que se adivinaba en sus pechos tras el jersey de angorina.

–No serías digno de ser poeta si no. Eso diferencia los grandes poetas que vivían con pasión sin valorar las consecuencias, de los seres mediocres que sólo hilan palabras para que suenen bien –prosiguió ella.

Tayra, con su mirada exótica y sus labios carnosos y sonrientes, con su

jersey de angorina suave y su encanto incitador.

No, por supuesto, él no era mediocre. O, si lo era, estaba decidido a dejar de serlo, vivir una gran aventura, a ser un verdadero poeta, alguien a quien Tayra pudiera admirar.

–Yo respiro poesía. Si construyes un verso realmente hermoso, me tendrás a tus pies...

Para ese entonces, Amadeo se sentía ya totalmente excitado imaginando esa perspectiva.

Había algo de perversión en conseguir el orgasmo recitando versos. Algo sofisticado y menos cruento que un látigo. Pero en realidad, era una forma de dominación como cualquier otra: tener en su locuacidad el poder de dar placer, de despertar una excitación sexual, y satisfacerla a continuación.

–Lo intentaré –prometió.

–Vivo aquí cerca –dijo ella–. Me encantaría que me recitases mientras...

Amadeo sintió surgir en su interior el vicio y la pasión. Todo poeta lleva dentro un libertino, y Amadeo era un potencial gran libertino sin suerte. Tenía esporádicos devaneos, pero nunca llegaban a colmar sus secretas fantasías. Lanzarse sobre aquel cuerpo como si fuera un pastel, con gula y despreocupación, dar placer hasta que gimiera de gusto, y encontrar en ello su propio placer.

Ya estaba buscando con la mirada a Carlos o María dispuesto a despedirse y embarcarse en su aventura con Tayra, cuando ésta le tendió su número de teléfono, escrito a bolígrafo sobre una tarjeta del local y se levantó. Al hacerlo, sus curvas describieron una caricia virtual sobre su rostro, a un par de palmos, y con toda intención.

–¿Me llamarás? –preguntó.

Amadeo farfulló una afirmación y se quedó de pie, frente a la barra. Los movimientos de Tayra, rápidos y cortantes, eran como los del torero que da la espalda al toro, cortando el hilo que les une e impidiendo su arremetida. Amadeo, igual que un toro, sintió en ellos el freno para seguirla. Miró el número escrito en la tarjeta, y lo guardó cuidadosamente.

Cuando levantó la vista, Carlos le estaba observando. Una sonrisa cruzó su rostro. Se aproximó a él:

–Parece que la noche se te da bien – ironizó–. Es lo bueno de estas tertulias, siempre surgen nuevas amistades.

–Sí, claro.

–Si te parece, podemos concretar la distribución de las copias de tu libro – añadió Carlos.

–Genial –dijo Amadeo centrándose y olvidando momentáneamente a su nueva conquista.

A esto siguieron unos treinta minutos de tomar notas y dar explicaciones sobre la mecánica de la distribución de los ejemplares de 'Aires Nuevos'. Por ella, Amadeo había colaborado con una cierta cantidad de dinero en los gastos del local, además de pagar las fotocopias con su declamación de esa velada.

Carlos le presentó a algunas de las personas que iban a colaborar en difundir su obra, y le nombró las asociaciones y locales donde ello iba a tener lugar.

Algunos otros grupos brindaron con él y le estrecharon las manos durante un par de horas.

Lo cierto es que al ego de Amadeo le sentaba eso de maravilla.

María, la pareja de Carlos, se acercó a Amadeo en uno de los escasos momentos en que no estaba siendo adulado o criticado (o ambas cosas a la vez). A pesar de la legislación vigente, llevaba un porro entre los dedos. Se lo ofreció.

–Vas a tener éxito. No sé si mucho o poco. Eso depende. Pero te he observado: te sabes mover entre la hipocresía ambiental como pez en el agua. Y eso es casi todo lo que necesitas para triunfar.

Amadeo miró el porro que estaba ante su nariz como si fuera un animal peligroso. Lo olisqueó. Finalmente, lo cogió y aspiró una profunda calada. María sonrió: se le notaba que no acostumbraba a fumar hierba.

–¿Casi? –preguntó él.

–¿Qué?

–Has dicho que tengo 'casi' todo lo que necesito para triunfar. ¿Qué me falta? Según tú, claro.

Parecía sinceramente interesado en su opinión.

–Un músico dijo una vez que la publicidad puede hacer que vendas tres mil CDs, pero si no eres bueno, eso será todo. Un poeta debe ser eso, poeta. ¿Eres un poeta, uno de verdad?

–Es la segunda vez en la noche que me preguntan eso. ¿Es que no lo parezco?

–Sí, ya he visto a Tayra lanzando sus anzuelos sobre ti. Es una habitual de estas tertulias. Y sabe mucho. Se ha ido con todos los poetas que han venido, pero todavía no ha encontrado a uno de verdad. Es mucha mujer. Y muy culta. Puede reconocer al autor de un par de versos, si es alguien conocido. Reconoce el estilo. Si logras que te apadrine, te conocerán en todas partes. No sólo va con poetas, claro.

Amadeo casi se horrorizó. La promiscuidad le asustaba. Podía pillar cualquier cosa.

María sonrió, esta vez con ironía.

–Te aconsejo que aprendas a disimular tus emociones, si es que has de hacerte famoso –subrayó verbalmente la última palabra. Y le arrebató el porro, que se estaba desperdiciando entre los dedos de Amadeo.

–En fin –se despidió ella, dándose la vuelta–, que tengas suerte con Tayra.

La noche terminó ahí. Al poco, se despidió de Carlos y de algunos que estaban con él, y salió a la calle. Sacó su móvil y tecleó el número anotado en la tarjeta. Al cabo de dos segundos, Tayra le contestó:

–¡Eres impaciente!

–Quería escuchar tu voz. Me excita –dijo, y no mintió.

–Esta noche tengo que dormir. Mañana he de visitar una revista. Puede que lleve una de tus fotocopias. Pero te lo has de ganar. Dime un poema inventado, ¡ya! –Su risa sonó al otro lado.

Amadeo, un tanto desinhibido por la hierba, miró la luz de una farola de la calle:

–El brillo de tus ojos me deslumbra cuando habla de sexo –recitó.

–¡Bien! Has sido sincero. ¿Has fumado? ¡Ja, ja, ja!

–Pues sí, María me ofreció.

–Seguro que te dijo que me voy con cualquiera.

–No, en realidad, me dijo que eres mucha mujer. Dudaba de que estuviera a tu altura.

–Bueno, es un buen comienzo. No me voy con cualquiera, sólo con quien me place. ¿Algún problema?

–No, claro.

–Vale. Tengo tu número. Ya te llamaré.

–¿Cómo sabías que era yo? –preguntó Amadeo.

–Le pedí tu número a María. –Su sonrisa se coló a través del móvil.

–Vale, hasta otra.

El porro se le estaba subiendo a la cabeza. Su educación burguesa trató de levantarse en armas contra lo que sentía, pero estaba demasiado ilusionado y excitado como para someterse.

Alguien dijo que uno de los mayores placeres que puede sentir una mujer es la de moldear a un hombre para hacerlo mejor. Algunas se conforman sólo con moldearlo, sea bien o mal y esa es su perdición: se juntan con auténticos cretinos creyendo que los podrán redimir y terminan engañadas o maltratadas.

Pero Tayra era una mujer culta e inteligente, y deseaba crear un poeta auténtico antes de hacerse vieja. Era su forma de ser madre, de una forma imperecedera. Si lograba hacer brillar a un poeta, su obra perduraría para siempre. Había leído que si una mujer consigue enamorar a un poeta, se hará inmortal en sus versos. Mucho más si es su creadora.

El problema de encontrar un poeta verdadero era el mismo que el de encontrar un hombre de verdad. En realidad, un poco más difícil. Debía ser sincero, valiente para ir contra la corriente, y, además, tener un encanto estético y un magnetismo capaz de levantar emociones con sus palabras.

Era un elemento muy poco frecuente. Un buen poeta, uno de verdad, era capaz de despertar algo sólo con una frase: ‘Tus ojos son mi conjuro contra la mala jornada’. Alguien que leyese o escuchase eso (es de Mario Benedetti, claro), de inmediato estaba interesado en escuchar el resto.

Incluso podía inspirarle un poema propio. Esa era la cualidad de un verdadero poeta. ¡Y eran tan poco frecuentes!

Tayra dio otra vuelta en la cama y se dejó llevar por el placer del sueño. Algún día encontraría uno, uno de verdad.

También había probado con poetisas, pero sus sueños incluían una aventura romántica, y ella no era lesbiana. Había conocido alguna, e incluso había tenido algún escarceo, llevada por su fantasía de conseguir auténtica poesía. Pero se había dado cuenta de que no funcionaba. Ella era totalmente hetero. Todo había quedado en buena amistad.

Los dos días siguientes pasaron para Amadeo intrascendentes. Se estrujó el cerebro pensando en la forma de sacar un poco de dinero, sin conseguirlo. Colaboraba esporádicamente con una agencia de traducciones, pero ese mes había sido penoso, y su cuenta estaba en las últimas. En ello estaba cuando su móvil sonó.

–¿Diga?

El número no constaba. Temió que fuese de nuevo una empresa de seguros que le había llamado diariamente durante dos meses.

La voz al otro lado resultó ser de un varón, profunda y agradable. Preguntó por él.

–Soy yo mismo. ¿Con quién hablo?–Soy David Roca, el responsable de poesía de la Editorial Wittobo. ¿La conoce?Wittobo era una filial de una editora inglesa.

–Por supuesto –respondió–. Les conozco. –Su pulso se aceleró súbitamente– ¿Qué desea?

–Me gustaría tratar con usted de negocios. Concretamente, de la publicación de su obra.

Cuando se recuperó de la sorpresa, acordaron una fecha y una hora para la entrevista.

Amadeo ya no dormiría hasta ese momento.

Wittobo radicaba en un alto edificio de la Diagonal, cerca de la calle Muntaner. Ambas eran vías importantes, donde se respiraba dinero y negocio. La Avenida Diagonal era una de las más anchas de Barcelona. Cruzaba la ciudad en diagonal, de ahí su nombre, y parecía simbolizar la libertad, pues por ambos lados constituía una vía de salida. Y también por

la prosperidad que se respiraba en ella. Durante varias décadas había sido el centro financiero, y mantenía ese estilo, mezcla de edificios antiguos y lujosos y grandes corporaciones nuevas, que le había proporcionado su caché.

El poeta en ciernes alzó su mirada hasta la cima del edificio y suspiró. Nada podía materializar más claramente su ascensión al éxito que subir a la séptima planta de aquel lugar acristalado y brillante. Tuvo que protegerse del reflejo del sol cuando miró hacia sus alturas.

Entró, sintiendo cierto miedo. Los ascensores estaban al final de una entrada enorme y ancha, llena de personas que iban y venían, al parecer con prisas. Antes de llegar a ellos, un guardia de seguridad sentado tras un mostrador le solicitó su documento de identidad y lo anotó en una lista de visitantes. Ofreció el maletín de plástico con sus poemas al escáner, y luego entró en uno de los elevadores y pulsó el número 7.

El ascensor se abrió directamente en el interior de una amplia sala con enormes ventanales, donde había unas docenas de mesas con ordenadores y su correspondiente personal. Miró hacia todas partes, un tanto desorientado, hasta que una mujer de unos cuarenta años se levantó y le preguntó el motivo de su visita. Amadeo dio el nombre de quien le había citado.

–Sí, el señor Roca le recibirá en seguida. Venga.

Atravesaron el ancho mar de ordenadores, en plena marea creativa (o eso parecía, por el movimiento digital de quienes los ocupaban) y la señora le abrió una puerta.

–Espere aquí –dijo, y se marchó.

Estaba en una zona diferente de la que habían dejado atrás. Posiblemente hacia el interior del enorme edificio.

Dos minutos después, un joven le hizo pasar al despacho del señor Roca.

Era un hombre delgado y maduro, que se levantó de su silla anatómica para estrechar su mano. Quizá tendría cincuenta años, o un poco más. Su traje era caro, pero estaba arrugado y su camisa, desabrochada, parecía de esas en perpetua lucha militante contra las corbatas. Tenía el aire de quien se ocupa más de su trabajo que de su aspecto, lo cual le tranquilizó.

–Señor... –Consultó un papel sobre su escritorio– Amadeo Rodríguez. Es un placer conocerle.

Amadeo pudo ver un ejemplar de 'Aires Nuevos' sobre la mesa, junto a otro millar de papeles. Bajo ella parecía haber un par de las fotocopias de su reciente declamación en el Barri de Gràcia.

La cordialidad del tal Roca parecía auténtica. Le señaló las sillas ante su escritorio, y él se sentó, un tanto cohibido.

–Hemos leído algunos de sus poemas. Parecen buenos.

–Gracias –respondió sinceramente.

–Verá, señor Rodríguez: estamos preparando una colección de Poesía en la editorial, pero no queremos sólo autores reconocidos. Una parte de la colección incluirá autores noveles, cuya calidad nos parezca suficiente para no deslucir al resto.

Amadeo tragó saliva y asintió con un sonido gutural. David sonrió.

–Sin embargo, sus poemas son excesivamente emotivos. Nos gusta su tono general, su ritmo. ¿Sería posible que escribiera algunos sobre temas elegidos por la editorial? –preguntó.

Amadeo quedó atónito.

–¿Poemas bajo encargo? –Su voz salió ligeramente atiplada.

–Bien, sí, eso es. No debe sorprenderse de eso, es una práctica habitual. El propio Lope deVega se ganó la mayor parte de su vida escribiendo por encargo. ¿Conoce aquel poema "al esposo Bello"?–David sonrió abiertamente.

–Sí, claro que lo conozco.

–Bien. ¿Estará de acuerdo? Si lo está, no habrá problema para formalizar el contrato ahora mismo, en base a un anticipo a fondo perdido por los derechos de propiedad.

Publicar con Wittobo equivalía al triunfo en el difícil mundo de la poesía en papel. Una franca sonrisa comenzó a formarse en su rostro.

Sin embargo, algo en su interior levantó una barrera.

Le pareció ver dentro de sí los ojos insinuantes de Tayra: “No serías digno de ser poeta si no. Eso diferencia los grandes poetas que vivían con pasión sin valorar las consecuencias, de los seres mediocres que sólo hilan palabras para que suenen bien”.

–Verá, señor Roca. Tengo que pensarlo –dijo, casi por reflejo.

–No lo piense mucho, tenemos más candidatos. Hay dos mujeres muy buenas esperando una llamada. –La sonrisa de David había desaparecido. Su rostro pareció tan arrugado como su traje.

Ambos grises.

–Sí, claro. Le llamo mañana. ¿Eso estaría bien? –preguntó ansiosamente. Se sentía al borde del precipicio, sabiendo que iba a tirarse casi sin querer.

–Esperaré hasta mañana a las doce de la mañana. Luego pasaré a la siguiente opción –dijo tendiéndole una tarjeta.

–Bien, gracias.

Se levantó avergonzado y casi sin darse cuenta, llegó al vestíbulo. Salió a la calle.

Entró en una cafetería y pidió un café solo.

Antes de haber tomado tres sorbos ya había tomado una decisión. Cogió el móvil y marcó el número de la tarjeta.

–Mire, ya lo he pensado. Me gustaría que publicaran mis poemas. Los míos, no otros nuevos de encargo.

Escuchó a través del aparato como quien escucha la sentencia de muerte.

–Bien, gracias, señor Roca.

Estaba hecho. Acababa de suicidarse, literariamente hablando. Quizá nunca se le presentase una oportunidad como aquella.

Su taza todavía guardaba un sorbo cuando sonó su teléfono. Era Tayra.

--Buenos días, poeta. ¿Qué tal? Supongo que estás destrozado. Como un héroe griego muerto frente a las murallas de Troya, ¿me equivoco?

–Pues no, pero...

–David es un viejo amigo. Yo le pedí que te sometiese a prueba. Has aprobado, chico. Puede que Lope escribiese por encargo, pero no es eso lo que nos gusta a nosotros. No te preocupes, hay otras editoriales... para un poeta de verdad. Por cierto, ¿tienes planes para esta noche? –La voz dela

chica adquirió un tono meloso e insinuante.

–Hasta ahora mismo, no tenía, ¿propones alguno?

–Podemos inventar alguno después de un par de copas. ¿vale?–Vale.
Cuenta conmigo.

Brillaba el sol cuando salió de la cafetería. Y brillaba su corazón.

Sí, se sentía como un héroe (no necesariamente griego). Y se sentía como un hombre. Como un hombre honesto. Y como un poeta anónimo, de esos capaces de escribir

“Es una lástima que no estés conmigo

Cuando miro el reloj y son las cinco

Y soy una manija que calcula intereses

O dos manos que saltan sobre cuarenta teclas

O un oído que escucha cómo ladra el teléfono

O un tipo que hace números y les saca verdades”.

(* de Mario Benedetti)

Capítulo 3

3

El atraco

Isabel estaba sentada en su puesto ante la caja del supermercado. Faltaba poco más de media hora para la salida. Había hecho de todo: reponer, cobrar, entrar las jaulas, llevar los palés a la salida posterior de containers... Estaba realmente cansada.

Francisco había hecho cola detrás de dos mujeres bastante lentas. La primera había pagado con tarjeta de crédito, con todo el trámite requerido. La impresora había escupido varios papeles para ella: descuentos, vales de compra para vino, jamón, comparaciones con otras cadenas de alimentación...

Fran había aguantado pacientemente. Su convalecencia le había acostumbrado a esperar, a ser paciente, a no violentarse.

Todavía arrastraba algunas secuelas del síndrome postraumático, a pesar de que habían pasado dos años desde que volvió de África y le dieron la baja en su ONG.

La segunda mujer era una pesada. Charlaba sin parar y no terminaba de irse nunca.

Seguramente no tenía a nadie esperando, y por eso no tenía prisa. Y por eso hablaba con la dependienta como si la conociera de toda la vida, como si se hubiesen criado juntas.

Isa sonreía de manera un poco forzada, mientras trataba de atender a Fran.

El hombre que entró entonces vestía un abrigo sucio, y parecía realmente un mendigo. Al menos hasta que sacó el revólver.

Isa no entendía de armas, pero aquella tenía un aspecto realmente peligroso. Y los ojos del hombre que la manejaba tenían un brillo patológico o desesperado igualmente peligroso.

–¡El dinero! –chilló, encañonándolos con el arma.

Isa se paralizó. De pronto pensó qué sería de su hijo con down si aquel demente le disparaba.

Se puso a temblar, tratando de sacar los billetes.

–¡El dinero! –repitió.

Fran avanzó hasta quedar frente al pobre diablo, entre él y la cajera.

El hombre le contempló incrédulo, con sus ojos brillantes, casi luciferinos.

–¿Qué hace? –chilló.

–Guarda el arma, vamos –dijo Fran con toda la calma del mundo.

–¡Que te quites! Movió el revólver como si quisiera usarlo para golpearle. Fran sonrió. Había visto eso mismo muchas veces. Alguien que maneja un arma cargada no la mueve como si quisiera espantar las moscas. El poder del arma es que esté apuntando cuidadosamente.

–Vete –dijo tranquilamente.

Sin poder creerlo, el hombre miró hacia dentro del supermercado. Estaba empezando a haberrevuelo. Vio al encargado hablando por un móvil. Al fondo, algunos clientes trataban de ocultarse tras las mercancías, por los pasillos. Pronto sonarían las sirenas y llegaría la policía.

Soltando una maldición en voz alta, en realidad chillando, se dio media vuelta y salió corriendo a la calle. Le perdieron de vista.

El encargado salió de uno de los pasillos.

–Isa, ¿estás bien? –preguntó.

La chica no sabía cómo estaba. Casi no sabía ni dónde estaba. Nunca se había visto frente a un revólver.

–Sí, sí, creo... –murmuró.

Miró a Fran como si fuera sobrehumano.

–Gracias.

–No importa. – Él sonrió. Era verdad. No es valor cuando ya nada importa. Es simple locura suicida. Le pareció que el hombre no iba a disparar. Es algo que se aprende a valorar. A veces uno se equivoca. Y muere.

–No importa –repitió.

Iba a salir por la puerta, cuando el encargado le detuvo.

–No puede irse, tiene que hablar con la policía.

Un minuto después, una patrulla de los Mossos llegó, precedida desde varias manzanas por el sonido de su sirena. Aparcó bruscamente y dos agentes salieron con la mano sobre la culata de su pistola. Al poco llegó un furgón y bajaron unos cuantos policías más.

El encargado impidió que encañonasen a Fran. Isa también protestó y, finalmente, consiguieron explicar lo sucedido a los mossos.

Un coche camuflado aparcó tras el furgón enrejado. De él se bajaron un hombre de paisano y una mujer. Se presentaron al agente que llevaba el caso y le mostraron sus placas.

–Éstos son la teniente Molinos y el inspector Oristany, de la policía –les presentó el mosso.

Daniel Oristany y Francisco se miraron. Se estrecharon la mano.

–¿Me recuerdas? –preguntó Dani.

–Vagamente. Ha pasado un año, casi. Usted es el policía que llamó a la ambulancia, en el Gótic, ¿verdad?

–Exacto. ¿Qué tal lo llevas? –preguntó el inspector cordialmente.

–Un poco mejor. Ya no deambulo como un fantasma. Ahora sólo vivo como un fantasma.

Sonrieron. Ambos sabían lo que era eso. Daniel había pasado una depresión y podía entenderlo.

Isa estaba un poco desorientada. Entre el atraco y la inesperada familiaridad de su salvador y el policía, su sentido de la realidad se había alterado un poco. Se giró hacia la teniente y trató de explicar lo sucedido. Era importante que lo supieran. Que supieran lo que había hecho aquel hombre extraordinario.

Le explicó a Dolores Molinos cómo se había puesto delante del revólver, protegiéndola. De pronto, los nervios acudieron a sus ojos y se puso a sollozar. La teniente la tranquilizó en forma profesional, y fría.

Dolores Molinos había llegado a la policía desde las Unidades de Investigación de la Guardia Civil. Había sido infiltrada durante duros años en bandas de criminales extremadamente peligrosos. En una misión estuvieron a punto de matarla a ella y a su compañero, Juan García. Los

criminales les pillaron en la cama, lo que no cuadraba con su tapadera. Tuvieron que matarlos a todos para salvarse, pero arruinaron la misión. Cortaron el hilo que llevaban siguiendo durante años.

Juan salvó su historial aduciendo fatiga de combate y fue trasladado a drogas y estupefacientes. Cómo salvó la teniente Molinos su carrera era algo un poco más misterioso. Era una gran profesional. Quizá ni Juan sabía toda la verdad sobre aquella misión. Había conservado el grado que ostentaba en su anterior Cuerpo.

No era dada a abrazar a testigos, aunque fueran como Isabel, que ahora temblaba como un flan.

Fue Dani el que se dirigió a ella y trató de calmarla un poco. Repentinamente, se abrazó a Francisco, que se quedó rígido, aunque amable.

–Ya ha pasado. Estás bien. Todo ha terminado. Se ha ido. No volverá. Estás a salvo.

Fran había aprendido por propia experiencia las frases que tranquilizan durante un shock. Lo peor del shock es no poder volver a la realidad. Aunque el pistolero ya se había ido, para ella seguía siendo una amenaza. Era un reflejo instintivo. Darse cuenta de la falsedad de esa idea era fundamental para recuperar la paz interior.

Al fin, pareció que sus palabras lograban pasar el filtro del miedo, y la chica fue dejando de temblar y de sollozar, pero seguía abrazada a él. Fran acarició sus cabellos, tratando de no imprimir un exceso de afecto a sus movimientos, un tanto mecánicos. Sin embargo, dentro de él sentía una piedad y un cariño enormes hacia Isabel.

Pero hacía dos años que no conseguía expresar lo que sentía.

La teniente se acercó a ellos y separó a Isa.

–Señor...

–Francisco.

–Tendrá que acompañarnos para el informe –dijo la teniente.

Durante el viaje en el coche camuflado, no conseguía quitarse de la memoria el ataque de nervios que sufrió su compañera Mónica cuando volvió con su equipo de la capital, de exigir un camión cisterna con agua potable para el campamento, y los encontró a todos muertos, o agonizando. Fran se salvó con heridas graves al quedar casi sepultado por los cuerpos de los ocupantes del edificio de ladrillo en el que se habían

refugiado todos los que escaparon al primer tiroteo.

La escuchaba gritar y llorar mientras le evacuaban en un helicóptero de los Cascos Azules.

También recordaba el pánico cuando abrieron la puerta para evitar que les quemaran vivos.

Los disparos comenzaron de inmediato, sin tregua ni misericordia. Pero era mejor eso que morir abrasados.

Despertaba de noche sudando y jadeando, con recuerdos confusos de haber soñado.

No era el miedo lo peor. Era la frialdad del corazón de aquellos piratas que mataron un campamento entero para robarles el agua recién llegada. El frío egoísmo es como una pez pegajosa, un parásito que se adhiere al alma y reaparece años después de haberse enganchado en ella, con su sabor terrible y su olor a muerte y a impotencia. Y a cordita de disparos.

La mayor parte de la gente con la que se cruzaba desde entonces olía igual. O a él se lo parecía. A egoísmo. A frialdad. Era algo casi insoportable.

Por eso vivía aislado, sin entablar relaciones afectivas, excepto con Mónica.

Ella era su ligazón con el Francisco que vivió antes de la matanza. Era su 'religión', que le mantenía 'religado' a su verdadero yo. Una vez se lo dijo, y ella soltó una carcajada, pero Fran no mentía: Mónica era su religión.

Llegaron a la Comisaría de Plaça d'Espanya. Daniel detuvo el coche y la teniente y Fran bajaron y ella le guió hasta un despacho. Luego le dejó allí, sentado y solo.

Daniel llegó unos minutos después.

—Perdone la molestia, pero hemos de rellenar el informe.

—Ya lo saben todo. El atracador entró, nos amenazó y exigió el dinero...
—comenzó Fran.

—Un momento.

El inspector Daniel Oristany se sentó frente a su ordenador y abrió el programa. Luego tecleó unos minutos.

–¿Recuerda el aspecto del atracador?

Fran le dio todos los detalles, y el inspector fue escribiendo. Finalmente, le hizo firmar las dos copias, las selló y le entregó una. Le dio las instrucciones usuales y luego se le quedó mirando.

--¿Y si le hubiera disparado? –preguntó finalmente.

–El revólver estaba descargado. Estoy seguro.

–¿Y si no hubiera sido así, y si usted se hubiera equivocado? –insistió el inspector Oristany.

–Yo estaría muerto.

Ni la voz ni los gestos de Fran delataban ninguna emoción.

–Quizá. Bien, cuídese.

¿Era un héroe o un loco? Dani no hubiera podido decirlo, mientras Fran abandonaba su despacho y salía de la comisaría.

Daniel caminó tras él hasta la puerta e inspiró profundamente. El barullo de quienes caminaban hacia la Font Màgica o los pabellones de la Exposición a través de la Plaza hacia las Torres Venecianas que custodiaban la entrada se unió al ruido de los coches que confluían por las múltiples calles que se cruzaban allí.

Por unos instantes su mirada se posó en la triangular escultura monumental del centro, un inmenso pebetero sostenido por ángeles, con esculturas en sus tres lados. En ese momento, la llama sagrada del pebetero estaba apagada.

Suspiró. Igual que la suya.

Se dio media vuelta y regresó a su despacho.

Capítulo 4

4

El choque

Andrés caminaba deprisa, aunque no tenía el tiempo tan justo. Lo que tenía era una sensación de que el mundo se estaba llenando demasiado deprisa.

Una chica andaba mirando su móvil y con una trayectoria incierta.

Lo sabía. La chica cambió la dirección en el último momento y se puso justo enfrente.

Podía haberse apartado, pero estaba harto de esquivar tipos despistados, turistas pululantes y todo tipo de 'personas-obstáculo'. Además, tantos cambios de trayectoria le agotaban sus piernas ya de por sí cansadas.

Le dolían los tendones de las manos de trabajar, le dolían las rodillas y cerró el puño, en una actitud ciertamente agresiva, preparando la colisión. La chica le vio en el último segundo, pero tampoco se apartó. Frunció el ceño y apretó el móvil contra su pecho, protegiéndolo con su codo.

Por supuesto, el topetazo se produjo. No fue un golpe violento, pero sí humillante para ambos.

–¿Qué te pasa, eres imbécil? –gritó ella.

–La que no sabe por dónde va eres tú –contraatacó él.

–¿Tú no miras nunca el móvil yendo por la calle? ¡'Amos, anda!–Hay demasiado idiota, estoy harto de esquivaros, y tu idiotez es tu problema. Yo sigo mi camino. Si no te gusta... –dijo él.

La chica abrió la boca para responder, pero decidió que era un debate absurdo. Pero luego cambió de parecer.

–Miro lo que me da la gana. Sólo faltaría. Acabo de salir del súper y quería...

No pudo terminar la frase. Se le encogió la voz y las lágrimas afloraron a sus ojos. Comenzó a murmurar incapaz de hilvanar una frase. No podía más. Trabajaba un montón de horas por una miseria, y se sentía como un trapo. Su marido la había dejado... Trató de expulsar todo ese sufrimiento

por su boca, pero sólo salieron incoherencias envueltas en lágrimas.

Andrés se sintió como un bruto. Él también se sentía mal, y trataba de superarlo con esa coraza de superhéroe que apartaba a los demás de su camino, pero las lágrimas de la chica eran altamente corrosivas y horadaron su coraza.

–Lo siento. Tienes razón, soy un imbécil –dijo.

La chica dejó de llorar. O, mejor dicho, retuvo sus sollozos mirándole. De repente, volvieron a ser dos seres humanos, no dos zombis en competición.

Andrés percibió la fragilidad de la chica. Delante mismo tenían un local de bocadillos y bebidas, con unas mesas nuevas bien dispuestas.

–Te invito a tomar algo –propuso, tratando de sacar a la desconocida de su agujero de frustración. En realidad, tenía unos ojos preciosos.

La chica le miró. Luego siguió la dirección de su dedo índice y miró al interior del local.

Parecía cálido y agradable.

–Para compensar mi estupidez –siguió diciendo Andrés.

Secándose las lágrimas con la manga, asintió con la cabeza. En realidad, necesitaba que alguien fuera amable con ella, aunque fuera ese idiota machista.

–Tengo que ir a comer, pero... bueno, unos minutos.

–Me llamo Andrés.

–Yo Isa.

Ella tenía un hijo. Uno con síndrome de Down. En un par de minutos resumió su vida. Sobre todo lo del atraco. El miedo, el desconocido que se había interpuesto entre ella y el atracador.

Tenía tanto dolor y tanta necesidad de que alguien la escuchara...

Dormía cada día con el fantasma del paro, y se dejaba humillar cada día en su trabajo para no tener que acabar acostándose con él.

Andrés, a su manera, no estaba mejor. No tenía tantos problemas, pero en realidad no tenía nada. Trabajaba duramente por un sueldo escaso y no conseguía que sus verdaderos intereses llegaran a ningún lado. Veía el

mundo como un lugar lleno de zombis huecos, superficiales, que reían y se relacionaban en un nivel básico y falso, y se creían que eran felices. O eso decían.

Él lo veía todo con claridad. Esa era su maldición.

Estuvieron media hora escasa sentados en aquella mesa. Luego, ella dijo que tenía que ir a comer con su hijo.

Se despidieron en la puerta, después de que Andrés pagase la consumición y se disculpase de nuevo por ser un troglodita.

Isa caminó por la acera, envuelta en su abrigo barato, y se llevó algo de Andrés prendido en sus ojos frágiles y doloridos, pero hermosos.

En su cuerpo frágil pero fuerte.

En la dignidad de su humillación y en la luz de su sonrisa.

Porque se fue sonriendo.

Sólo necesitaba encontrar un ser humano, en medio de tanto zombi.

Capítulo 5

5

Vicente

Vicente escuchó las sirenas de la policía cuando ya estaba a dos manzanas de distancia del supermercado.

El revólver descargado le quemaba en el bolsillo. Se giró de espaldas a la calle dentro de un portal que parecía un almacén abandonado, lleno de basura y papeles al otro lado de la reja que tenía antes de la puerta cerrada. Sacó un pañuelo y el revólver, y lo limpió de huellas dactilares.

Sabía que el pañuelo tendría restos de su ADN, pero no se le ocurrió nada mejor. Luego, lo repasó con los faldones del abrigo, para eliminar esos restos. Tenía la sensación de estar haciendo una chapuza. Sin duda, si buscaban esos restos, los encontrarían. Pero era mucho peor que le pillasen con el revólver encima. En realidad, la urgencia de deshacerse del arma le impedía pensar.

Arrojó el revolver al otro lado de la reja, esperando que nadie le hubiera visto. Había muchos indigentes en Barcelona, nadie se habría fijado mucho en un hombre con el abrigo sucio.

Se sacó también el abrigo y lo arrojó por entre la reja. Y se dio media vuelta y comenzó a caminar como si nada hubiera sucedido. Le costó, pero lo hizo.

Había caminado ya una buena distancia desde el supermercado que había intentado atracar.

Se sentó en un banco de la Gran Vía.

Hacía frío.

Se maldijo, y luego se autocompadeció. Ni siquiera había sido capaz de atracar una simple caja del súper. Era un fracasado.

En todo.

La imagen misma del fracaso.

Hundió la cara entre sus manos y derramó amargas lágrimas, mientras su corazón se hacía polvo y cenizas, se partía de tristeza, de rabia y de

resentimiento.

La imagen de su mujer y su hijo pasaron en un destello y luego desaparecieron. Era una imagen demasiado dolorosa.

Se rascó la barba incipiente. Hacía varios días que no conseguía afeitarse. No tenía con qué.

Que un hombre que no tiene ni maquinilla de afeitar consiga un revólver estropeado no es difícil. Basta con arrastrarse por el inframundo de callejones con olor a orines, llenos de sombras nocturnas y zombis en busca de la droga del camello habitual. Esos callejones existen en Barcelona, cuando cae la tarde. Los lateros, los turistas borrachos y los drogadictos orinan en los rincones. No es necesario que sean demasiado oscuros ni solitarios. Cualquiera puede verlo.

Un revólver que no dispara es un trozo de metal que no sirve para nada. Cualquiera lo cambiará por algo útil, como un teléfono móvil, aunque sea antiguo y no excesivamente inteligente.

Pensó que sería rápido y fácil. Entrar, amenazar, salir.

¿Por qué tenía que ser tan desgraciado para toparse con el único héroe vivo de toda la ciudad? Todo el mundo sabe que los héroes no existen ante un arma.

¿O sí? Aquel pedazo de loco... Si hubiera tenido un arma de verdad estaría muerto, por idiota.

Le había arruinado el atraco.

Ni siquiera servía como criminal. Era un fracaso con piernas. Un inútil.

Debía pensar, alejarse más de allí. Una patrulla pasó a medio gas por el lateral izquierdo, pero no le hicieron caso.

Ni la policía le hacía caso, ni aunque atracase un supermercado, pensó amargado, aunque también pensó que en ese día concreto era una ventaja.

Un joven africano caminaba con una mochila a cuestas y un fardo echado a la espalda. Se le quedó mirando.

–¿Estás bien? –preguntó.

Vicente levantó el rostro y no contestó. Parecía no comprender que se

interesase por él.

–¿Estás bien? –repitió.

Nuevo silencio (“¿Y qué le digo?, ¿que no, que soy un atracador fracasado?”)

–Si necesitas trabajo, te puedo explicar lo que yo hago –insistió el africano, con su acento dulce e indefinible.

Sí, necesitaba trabajo. Y evaporarse de allí.

–Sí, necesito trabajo. ¿Tú qué tienes?

–Llevo aquí zapatillas baratas. Voy a coger el metro hasta la Rambla. Puedes venir. Te enseñaré dónde consigo el material. Me llamo Warda.

–Vicente –dijo, extendiendo su mano.

Warda sonrió, enseñando unos dientes grandes y blancos, y se la estrechó.

–No debería enseñarte, porque me harás la competencia. Pero ya sabes lo que dicen...

–No, no lo sé. ¿Qué dicen?

–Nadie gana si no ganamos todos.

Vicente no respondió. Aquello no era lo que la vida le había enseñado a él. Habían ganado los bancos, y el vecino cabrón que ponía la música alta a todas horas, hasta que odió su piso, y habían ganado los que decían que nunca conseguiría nada, hasta que su mujer le dejó, llevándose a su hijo. Habían ganado los demás, no él.

Sin ser del todo consciente del viaje, se encontró saliendo por la boca del metro de Passeig de Gràcia. Warda salió primero, miró a todas partes. Vio la patrulla que solía situarse al principio de la calle Casp. Estaban distraídos.

Salieron. Caminaron rodeando los edificios y acabaron en el mismo paseo, pero una manzana más arriba. Había otros manteros, y tuvo que buscarse un sitio.

La vigilancia había decaído un poco, pero de vez en cuando la Urbana daba una batida. No podían distraerse, le dijo.

También le explicó el ritual de escoger un buen lugar, pelearse un poco por situarse bien.

Pero, una vez extendidas las mantas y elegidos los lugares, no había problema. Se respetaban mutuamente. Era la comida de todos.

–Hoy he llegado tarde, pero hay que estar a la hora. Luego, a las nueve, se puede ir a sitios mejores, porque la policía nos deja en paz y se concentra en otras cosas. La noche les da trabajo.

–Ya...

Vicente estaba como ido. Por una parte, temía las consecuencias de su atraco. Por otra, vislumbraba un nuevo horizonte.

–¿Hace mucho que haces esto? –preguntó al mantero.

–He hecho de todo. Llegué sobre el 93.

Por primera vez, Warda pareció sombrío y triste. Jugueteeó inconscientemente con su reloj.

Parecía un buen reloj. Vicente pensó que sería una imitación de las que vendían los manteros, pero parecía bueno.

--Empecé por las playas con bisutería. Me la daban los pakis. Me trataban bien. Pero yo era menor. Me internaron en un centro de acogida. Dijeron que estaba... – Warda movió su dedo en círculo sobre su sien-. Bueno, no estaba bien.

Se puso serio de nuevo. Vicente se sintió incómodo.

–¿Y se saca mucho? –preguntó, en parte para desviar el tema.

–Entre diez euros y veinte, en un buen día. Lo peor es si te requisan el material. Pierdes mucho, y vuelta a empezar. Pero no pasa mucho. Sólo cuando las marcas denuncian.

Vicente se rió.

–¿Tienen miedo de que les quites el trabajo? ¡Quién va a comprar un bolso de mil euros! Los que te compran a ti no, desde luego.

Warda sonrió de nuevo, mostrando sus magníficos dientes.

–Tienes una buena dentadura –dijo Vicente.

La sonrisa se perdió.

Por unos instantes, Warda volvió a su país. Se vio con el fusil encañonando al dentista.

Estaba en un poblado. El dentista estaba haciendo un servicio voluntario para una ONG. Warda tenía un dolor de muelas.

El facultativo le tranquilizó. Warda tenía unos doce años, pero parecía mayor. Por eso le habían reclutado. "Deja que vea esos dientes. ¡Son fuertes! A ver, tienes una infección. –Sacó un frasco de su mochila. Lo hizo con cuidado, porque Warda había tensado su dedo sobre el gatillo cuando introdujo la mano en la mochila–. No pasa nada, ¿ves? Es un antibiótico. Has de tomar una cada doce horas". Le iba a dar unas cuantas, pero se lo arrebató de las manos.

Y Warda se marchó, llevándose el frasco que hubiese curado a más personas.

De camino, ya fuera del poblado, se tropezó con un hombre y una mujer. Asustado, los encañonó.

–Naciones Unidas –dijo el hombre, señalando lentamente su parche del hombro de la camisa. Parecía desorientado. Miraba detrás de Warda, buscando más soldados.

La mujer sonrió con timidez, y le hizo un gesto señalando su cantimplora.

–Para ti –dijo.

Warda estaba asustado. Necesitaba esa cantimplora. Quería huir de la guerra, de los que le habían reclutado, pero tenía una infección en la boca y no tenía agua. Ella mantenía la cantimplora tendida, como si fuera un contrato de no agresión, una oferta de paz. La arrojó a suspies.

El hombre se sacó el reloj. Era grande y muy útil, impermeable, con cronómetro, altímetro y varias cosas más.

–Para ti –dijo, y se lo arrojó también.

Warda nunca había tenido un reloj como aquel.

Y los dos se quedaron quietos, conteniendo la respiración sin darse cuenta.

Warda lo cogió todo y desapareció tras la maleza.

Se alejó de allí, tratando de dejar todo aquello atrás.

–¿Ocurre algo? –preguntó Vicente, ante el silencio concentrado del joven africano.

–Ah, no. Estoy bien. Luego te enseñaré dónde has de ir a por la mercancía –dijo.

Llegó la hora de situarse en el Paseo Marítimo. Warda y su improvisado ayudante se encaminaron con la mochila a cuestas. Vicente se colgó el fardo de tela del hombro y siguieron a la hilera de africanos que se dirigían hacia el mismo lugar.

Eran alegres. Eso le chocó. No tenían nada, habían padecido penalidades sin cuento, pero eran alegres. Bromeaban, se decían cosas en idiomas desconocidos. Chistes, burlas. Sonreían.

Vicente pensó que él era un amargado, un resentido, y eso le hizo sentirse aún peor.

–¿Qué pasa? –preguntó sonriendo Warda.

–No entiendo cómo podéis ser tan alegres.

–¿Ganamos algo poniéndonos tristes?

–Pero, no sé... yo no puedo reír. Aunque quiera.

–Somos así. Mira, estamos vivos. No hay pasado, no hay futuro. Estamos vivos, eso es todo.

Vicente guardó silencio el resto del camino, escuchando las chanzas incomprensibles y las risas.

En el paseo se fueron situando, extendiendo los pareos que les hacían de alfombra y colocando las zapatillas y los bolsos. Hubo algunas palabras gruesas, pero pronto volvió la calma.

Allí cada uno se concentró en atraer a los turistas que desafiaban el frío. Allí siempre había turistas.

Se vendía mejor en verano, claro, explicó Warda, pero todo el año se sacaba algo en aquellos lugares.

La tarde dejó paso al atardecer. Las nubes rojas y violetas perfilaban la imagen de la Mercè– con su niño en brazos y un báculo que parecía una

varita mágica– de Capitanía, de Correos...

Permanecieron allí, al pie del pareo con los bolsos y las zapatillas deportivas falsificadas hasta bien entrada la noche. Luego, como obedeciendo una orden muda, empezaron a guardar la mercancía y a marcharse.

–No puedo llevarte a donde duermo. Podemos quedar en el banco donde te encontré, ¿te va bien?

Vicente temía acercarse por allí.

–¿Dónde iremos luego?

–Hemos de coger el metro... –respondió Warda.

–¿Tú donde lo coges?

–En Liceo.

–Entonces mejor quedamos delante del Liceo.

–Vale –acordó el africano.

Aquella noche Vicente volvió al lugar donde dormía desde hacía días. Por el camino recogió unos cartones limpios y se parapetó detrás de la pared de una obra. Nadie había robado su manta.

Tanto mejor.

Hacía frío. Se tapó la cabeza, en parte para evitar la luz de las farolas y en parte para entrar en calor.

Y por vergüenza. Prefería que no le vieran la cara.

Se rascó. La suciedad era lo peor de vivir en la calle.

Sí, se convertiría en un mantero.

Uno de tantos.

Por primera vez en meses, consiguió dormir de un tirón unas seis horas.

Capítulo 6

6

Microrrelato

Un microrrelato puede tener únicamente unas pocas frases: "Juntaron sus pechos. Ella emitió un gemido. Él sintió que se iba".

Un relato corto suele ser más extenso.

"Juntaron sus pechos. Ella emitió un gemido. Él sintió que se iba. La besó largamente y luego la separó de sí, sujetándola por los brazos, suavemente, sin hacerle daño. Luego, se agachó para recoger su maleta y salió, dejándola allí, llorando.

Él sintió que se iba. Lo sintió mucho".

Amadeo dejó de teclear en su ordenador. Se secó una solitaria lágrima y se acercó a la micrococina para tomar otro café.

Sus microsentimientos se hicieron gigantescos, insoportables. Calentó el café por cuarta vez y se sirvió una microporción.

Su maleta seguía en el rincón donde la dejó tras vaciarla al regresar a su minúsculo apartamento.

Amadeo apuró el café y volvió al ordenador. Si no escribía se volvería loco.

Se volvió a levantar. Tenía que salir.

Hacía frío. Y el ambiente estaba húmedo, como su alma.

El camino del poeta honesto era más duro de lo que hubiera imaginado. Tras rechazar la oferta de Wittobo, una filial de una editorial inglesa muy importante, su recorrido por las editoriales recomendadas por Tayra había resultado infructuoso y agotador. Finalmente, la tensión fue demasiado para su relación. Tayra frecuentaba a todos los poetas cuyo nombre llegaba a sus oídos. Y eran muchos.

La fidelidad no entraba en el trato, así que los celos le consumían, el fracaso le consumía. Se encontraban cuando ella podía o quería. Amadeo tenía su propia habitación y compartían el piso.

Pero ella solía ausentarse frecuentemente. Su interés estaba muy repartido. Su verdadero amante era la Poesía, y era un rival poderoso,

con muchas voces, muchas inspiraciones, muchos rostros, brazos y esperanzas.

Así que juntaron sus pechos. Ella emitió un gemido. Él sintió que se iba. La besó largamente y luego la separó de sí, sujetándola por los brazos, suavemente, sin hacerle daño. Luego, se agachó para recoger su maleta y salió, dejándola allí, llorando.

Él sintió que se iba. Lo sintió mucho. Sentía irse.

Pero era lo mejor para los dos, antes de que el daño fuera irreparable. No se puede jugar con esas cosas.

Recorrió las calles de su antiguo barrio. Sólo había convivido un año con Tayra, pero parecía que había sido mucho más tiempo. En cierta forma su experiencia le había transformado.

Ella tenía esa virtud. Encontraba a un poeta novato, lleno de ilusiones, y lo devolvía hecho un hombre capaz de sentir de verdad. Un verdadero poeta. Pero ese servicio al Arte no era lo más adecuado para una relación a largo plazo, pensó mientras se cerraba un poco más el cuello de su abrigo.

Cuando la conoció, pensó que al fin las cosas funcionaban en su vida. Ella tenía muchos conocidos en editoriales y revistas literarias. Creyó en él, en su poesía, en su talento. Y le enseñó a vivir. Le llevó a su piso, le dio clases particulares de amor y sentimientos. Le hizo aterrizar en el mundo real que, al contrario de lo que piensan casi todos, es etéreo y está formado de un material intangible. "Amo los mundos sutiles, ingravidos y gentiles como pompas de jabón", escribió Antonio Machado. Esos eran el mundo real. Lo que todos buscan, sin encontrarlo casi nunca. Y él creyó haberlo encontrado.

Tal vez estaba equivocado, y lo real es el dinero, la apariencia, el sexo sin sentimientos, sólo placer que anestesie la náusea de vivir sin sentido.

Se sintió rendir una vez más. Pero cada decepción hace más dura la caída, se van sumando.

Y, un mal día, ya no quedan fuerzas para remontar. Ese era su temor. ¿Cuál sería su límite? ¿Dónde le vencería el absurdo?

Entró en una cafetería amplia y con unos ventanales por donde entraba el sol a raudales y se sentó donde acostumbraba. Sacó su perenne libreta de notas y su bolígrafo y los dejó sobre la mesa.

La camarera se acercó con una sonrisa.

–Hola, cuánto tiempo.

Amadeo sonrió sin alegría, y ella lo notó.

–He estado ausente.

–¿Café? –preguntó ella.

–Para variar –bromeó él.

Tomó el bolígrafo y escribió su poema desesperado:

“Mi vida pende de un pelo de tu pubis

y del fondo amable de tus ojos,

milagrosamente prendida la llama de mi vida

de pasión herida.

Frustrado, insatisfecho

y vencido amante

desesperado y bueno,

lucho por mi vida en la arena del deseo.

Tanta ternura que por ti siento

me arrebató el ánimo.

Me derriba y me alza hasta el cielo

la pasión que late y vive en mi pecho

y quema y acaricia mi cuerpo.

En este rincón arbolado de la ciudad,

que parece otra ciudad donde viví,

el tormento siento

de la llama clara del alma renacida,
en su pasión inmersa y derrotada.

Trozos de mi yo extraigo en forma de poema,
rota y sin alegría mi caricia.

Sin embargo

dulce y amable siento la piel querida.

Y si el instante es hermoso,

eterna será la luz que te ilumina

en esta tarde clara y vivaz de dicha desbordada”.

Inmediatamente que concluyó el poema se sintió mejor, como si una eyaculación espiritual le hubiera vaciado de su pesar.

Volvió al tiempo real cuando probó su café y lo percibió frío. Se lo tomó de un trago. La camarera le miraba con una expresión extraña, quizá preocupada.

Afuera, el sol iluminaba una mañana fría pero hermosa, y la contemplación de tanta belleza que captó de pronto le llenó de paz.

Él no era lo más importante del mundo. Ni su poesía, ni sus sentimientos.

Se guardó su libreta, con su mancha de semen espiritual en forma de tinta negra, y se acercó a la barra.

–Ponme otro café, por favor.

–Por favor no, te lo pienso cobrar –respondió ella bromeando. Le arrancó una sonrisa, y se lo agradeció en su corazón.

–Cóbrate los dos –dijo.

El segundo café caliente estaba bueno. Lo paladeó mientras ella se dedicaba a sus menesteres. Pronto se despidió y salió, apretándose el abrigo todo lo que pudo.

Llegó a su microestudio y abrió la puerta. Pisó un folio doblado en tres al estilo americano.

Lo recogió y leyó:

“Estimado autor, nuestra editorial valora sus capacidades. Y está pensando en dedicarse en exclusiva a un autor de valía, que podría ser usted. El contrato incluiría nuestro piso y atención en exclusiva por parte de la Editora, que lamenta haber descuidado sus deberes, llevada por el celo profesional que la caracteriza. Tenga por seguro que nunca pensó en traicionar su confianza, a pesar de su temperamento que usted conoce de sobra.

Si acepta nuestra propuesta, la Editora se dedicará plenamente a satisfacerle y hacerle feliz, además de ayudarle en su tarea profesional. Pensamos que es un buen acuerdo.

Por favor, háganos llegar su respuesta”.

Lo firmaba sólo un nombre en tinta azul: Tayra.

Amadeo inspiró profundamente y sonrió. Sonrió con su rostro, y también con su corazón.

Sí, la mañana era fría, pero hermosa.

Capítulo 7

7

El Despertar

Hoy no tengo ganas de levantarme. Me han dolido los huesos toda la noche, aunque ahora no me duele nada.

El vecino ha entrado y ha salido varias veces de la puerta de al lado, dando portazos. Es extraño, no tengo hambre.

Por la persiana casi cerrada del todo, por la franja que ha quedado abierta, entra una luz extraña. El sol ilumina las hojas de los árboles con un tono dorado y, sin embargo, no es la misma luz que suele brillar. Quizá hay tormenta en ciernes. Tiene un brillo pacífico, tranquilizador. Una cualidad mística. Como en esas películas que solíamos ver juntos. ¿Qué, qué dices? Ah, sí, como en Animales Fantásticos, es verdad.

Hace tiempo que no te veo, que no estamos juntos. Así que me alegro de que estés aquí.

Sí, ya estoy contigo, en cuanto pueda levantarme. Hoy no consigo despegarme de las sábanas, no sé qué me pasa.

En la calle hay una ambulancia. Lo sé por la sirena que ha sonado, y el ruido de camilleros.

Habrà sido otro accidente. En esta esquina hay muchos, casi cada semana. También llega ahora una patrulla de la municipal, lo estoy oyendo.

Los vendedores no han dejado de llamar a mi puerta toda la mañana, pero hoy no tengo ganas de levantarme. Estoy maravillosamente bien disfrutando de esta luz mística que entra por la franja de la persiana. Hacía tiempo que no había una luz tan bella.

Creo que he tenido la estufa encendida demasiado tiempo, pero no calentaba. Hacía frío.

En cambio, ahora siento calor al escuchar tu voz y adivinar tu mirada, amada mía.

Tanto tiempo... Tanto tiempo ausente de mí, tanto tiempo ausente yo de ti.

Pero ahora estás aquí, ahora estaremos juntos.

Sí, ya me levanto. Me pesa el cuerpo como si fuera de piedra, pero ya me levanto.

En seguida estoy contigo, en cuanto me levante. Me tomaré un buen café, porque esta mañana clara necesito un buen café.

Estoy tan bien que ni me apetece respirar. No sabía que se podía vivir sin respirar. Bueno, seguro que sí estoy respirando, pero poco, levemente, como para no asustar este instante. Como para no ahuyentar tu presencia, tan esperada.

Tan querida.

Sí, ya voy. Espera. Espera un poco.

Es curioso, diría que te estoy viendo, aunque tengo los ojos cerrados, de eso estoy seguro.

Ya tenía ganas de verte. Estás muy guapa, como siempre.

Ese vestido te lo regalé yo. Pero debe tener más de sesenta años. Se le ve nuevo.

Y a ti se te ve muy joven. ¿Te has hecho un pilling, o algo así? Ah, las mujeres, la de trucos que sabéis para estar guapas. Yo, en cambio, estoy huesudo y viejo.

Bueno, un poco menos que ayer. En realidad, me siento joven, muy joven.

Al fin aparto las sábanas.

Dejemos a estos jóvenes hacer su trabajo y vayámonos. Siempre quisimos viajar a países lejanos. Ahora podremos. Esos chalecos naranjas y amarillos chocan un poco con la luz mística que entra por la franja de la persiana.

El inspector Daniel Oristany se guardó la libreta, tras haber anotado todo lo que le habían dicho los vecinos y los de emergencias.

El inspector Pep Veguer de los Mossos entró en ese momento.

–Yo me hago cargo –dijo con cierta tensión en la voz.

–Claro. Parece una muerte natural.

–Sí, apesta a gas –comentó mirando a las ventanas abiertas de par en par pese al frío.

–El juez está al llegar –dijo Daniel.

–Bien.

Dani pasaba por allí en una patrulla camino de su comisaría cuando llegaron los de emergencias, pero esos casos no le correspondían. Estaba contento de ceder el puesto al inspector de los Mossos y volver a su despacho, donde le esperaba un montón de papeleo rutinario.

–¿Qué tal el trabajo? –preguntó Pep, tratando de ser conciliador.

–Aburrido. Me encanta.

–¿No se jubila aún? –insistió el inspector, al percibir el sarcasmo en su voz.

–No, aún no. Bueno, hasta otra, inspector Veguer.

–Adeu.

Dani abandonó el bloque de pisos, pasó ante la ambulancia y subió a la patrulla, donde esperaba un agente.

Sin comentar nada, el agente puso en marcha el vehículo y lo encaminó en dirección a la Meridiana.

La imagen del cadáver de aquel viejo se le había clavado en el cerebro. Su habitación emanaba soledad. Olía a soledad, pero también a amor. Se había fijado en el retrato de una mujer que ocupaba un lugar preferente en la escasamente amueblada vivienda de una sola habitación. Se preguntó si no tenía familia. Si nadie reclamaría su cuerpo.

La de cosas que habría visto ese hombre...

Capítulo 8

8

El funeral

Amadeo llegó al tanatorio temprano. Había dormido mal y se había levantado sintiendo la necesidad de estar en movimiento.

Había recibido una llamada la noche anterior, cuando le habían localizado los servicios sociales del ayuntamiento. Su padre tenía su número y su nombre anotados y en un lugar bien visible. Había sido un hombre previsor.

Recordó la última vez que hablaron. De eso hacía ya dos años. Se encontraron en una cafetería.

Era un lugar del centro, territorio neutral para ambos. Recordó el olor a café y a bollería recién horneada. Era un local con muchos años de existencia, que todavía conservaba sus dueños originales, la tercera generación de panaderos.

Estaban todas las mesas ocupadas, excepto la del rincón, donde ellos dos se sentaron.

José Manuel, su padre, había carraspeado, incómodo, sin saber cómo empezar una conversación que ninguno de los dos deseaba. Amadeo esperó a que la camarera les sirviese y luego rompió el silencio.

–¿Cómo te encuentras?

–Bien. La rodilla, lo se siempre... –había dicho.

No mencionó los mareos, ni la caída que había tenido un mes antes, ni las analíticas. Cuando uno no quiere que se metan en su vida, siempre está bien.

–No deberías vivir solo.

–Estoy bien solo. Me apañó.

–No, no estás bien. Estás muy mayor y te mareas. Yo debería vivir contigo.

En ese momento, Amadeo vivía con Tayra y lo que menos deseaba era ir a vivir con José Manuel, pero era su padre. Tayra lo comprendería.

Cambiarían sus hábitos.

José Manuel le miró. Su corazón rechazaba toda intromisión en su pequeño reino.

–El apartamento sólo tiene una habitación –repuso.

–Buscaremos un piso.

–No lo podemos pagar.

–Sí que podemos. Me han contratado como lector en una editorial. Buscaremos un piso para los dos.

–Estás con una chica, creo –dijo su padre, tratando de alejarle de su santuario.

Sonó a reproche, porque no se la había presentado. No tenían mucho contacto. De hecho, no sabía quién le habría hablado de sus mareos.

–No te molestará. Viviré yo contigo, y la veré cuando pueda.

José Manuel miró al techo, suspirando. ¿Cómo explicarle que en su pequeño reino convivía con el recuerdo de su madre? Pensaría que estaba chocheando y sería una razón más para invadir su santuario.

El recuerdo de su esposa siempre le acompañaba. Sólo tenía una foto suya, pero las sensaciones que había sentido con ella estando de vacaciones, o al tener a su hijo, o al estirar el sueldo para darle una educación... Los mediodías felices en que bajaba con él a hacer un aperitivo de calamares a la romana, o patatas fritas de esas delgadas como fideos, mientras ella preparaba la comida, todo eso estaba con él.

Llegó un día en que se dio cuenta de que eran algo más que recuerdos, cuando se sintió enfermo y ella le habló. Le aseguró que se curaría, que todo estaba bien. Su amor dulce entró en su corazón, y supo que ella estaba con él.

Se levantaba con la presencia de su esposa y se acostaba con la presencia de su esposa. Era una sensación sólida y bien real, no meramente un recuerdo.

Los demás no podrían entenderlo. No quería a un pipiolo como su hijo llenando su lugar de cosas ajenas, cargadas con una atmósfera extraña. Ni quería cambiar de lugar. En su pequeño apartamento se había formado una atmósfera sagrada. Era su santuario, donde vivía con su amor.

Y nadie iba a cambiar eso.

Amadeo siguió insistiendo, pero no fue capaz de hacerle cambiar de opinión. El encuentro terminó con cierta tensión entre ambos. José Manuel llegó a defenderse con cierta vehemencia. A pesar de eso, se despidieron amablemente.

Amablemente. Terrible palabra entre un padre y un hijo.

Se forzó a mirar el cadáver. Y no pudo reconocer a su padre, sin su expresión de ternura, ni su mirada aguda.

Empezaban a llegar familiares y amigos. Pocos de ambas categorías. Empezó a saludar y estrechar manos, y recibir pésames.

Un par de horas después, necesitó huir.

Había una cafetería en las pompas fúnebres, pero cruzó la calle y salió de la zona. No quería encontrarse con nadie.

Ante una taza de café oloroso, su corazón se vació. Todo era absurdo, y el ritual de las buenas formas, los pésames y las misas en las que sólo creía el sacerdote, mientras los familiares y amigos hacían gestos vacíos... Absurdo y estúpido.

Estaba solo. Él y Tayra, solos en el Mundo.

La dulzura entró en su corazón con el primer sorbo de café. La mirada de su padre, bondadosa, sus palabras concisas, leves. Sus años de dejarle a su aire, de no inmiscuirse en su vida, sin juzgarle.

Le había dado ánimos para escribir, a pesar de estar en paro. Le había dicho: "Vive según tu criterio, no dejes que nadie te diga cómo has de vivir". Por aquel entonces le habían parecido palabras correctas, lo que dice un padre a su hijo. Pero había aprendido que pocos padres permiten a su hijo vivir según su criterio. Pocos padres viven en veinticinco metros cuadrados sin molestar a su hijo. Sin reprocharle nada.

Recordó los mediodías en que iban juntos a hacer un aperitivo, mientras su madre preparaba la comida. Y , de forma natural, sintió que estaban otra vez los tres juntos. No cerca, sino juntos, que no es lo mismo.

La jornada fue triste y dura. Lo peor fue aguantar a toda esa gente a la que sólo veía en los funerales, que nunca se habían preocupado de ellos, pero que se creían en la obligación de acudir a la ceremonia.

Cuando los papeleos con la funeraria estuvieron listos, desapareció. No quería ni imaginar lo que dirían de él, pero era su criterio. "Vive según tu

criterio", le había dicho José Manuel. Así que se esfumó del lugar cuando ya eran las ocho.

No acudió al responso al día siguiente. La funeraria se ocuparía de eso.

Sentado en su sillón, aquella noche, con Tayra mirándolo de vez en cuando en silencio, sonrió.

Sentía muy cerca a sus padres. Y estaban bien. Estaban juntos y felices.

Lo sabía. Pero no podía decírselo a nadie.

Capítulo 9

9

Andrés

Se había pasado la semana intentando averiguar en qué súper trabajaba Isa. Isabel.

Recorrió todos los de la zona donde tuvo su encuentro con ella, pero sin éxito. Luego tuvo una idea.

–¿Amadeo?

Al otro lado de la línea, una voz sorprendida respondió:

–Yo mismo. ¿Eres Andrés?

–Sí, claro.

–No tan claro. Hace años que no nos hablamos.

–Bueno, ya sabes lo que dicen: por el interés te quiero Andrés. Necesito un favor.

Amadeo sonrió por lo bajo.

–Me gusta la sinceridad –dijo, y esperó.

–¿Sigues tratando a periodistas? –La ansiedad se traslució en su tono.

–Siempre que puedo. Es básico para publicar, y yo sigo esperando poder hacerlo.

–Ya, verás. Hace una semana atracaron un supermercado en la zona de Nou Barris, pero no salió en los periódicos, o yo no lo vi. Necesitaría saber la dirección del súper. Es importante. En las hemerotecas de un diario saldría eso, supongo.

Amadeo se preguntó si su amigo tendría datos que aportar a la policía.

–Podría intentar averiguarlo. Te llamo cuando sepa algo.

–Te lo agradecería mucho.

Cuando su amigo colgó, tras despedirse, Amadeo trató de imaginar a quién podría dirigirse con un encargo tan peculiar. Tenía contactos con la

prensa, pero no hasta el punto de poder pedir favores.

Eran las ocho de la noche, y Tayra acababa de llegar y se estaba cambiando para la cena.

–Tayra, ¿tú podrías preguntar algo a algún amigo tuyo?

Le relató la llamada de su amigo.

–No voy a quemar a un contacto por un capricho de tu amigo. Olvídate de eso.

–Entiendo.

Pasó la sobremesa con el portátil sobre las rodillas navegando por Internet mientras su pareja leía un grueso tomo de poesía.

–Aquí no hay nada.

–Si no robaron una gran cantidad, ni murió nadie, no es noticia –comentó ella distraidamente.

–Ya.

–Tal vez deberías robar un banco. Entonces te publicarían tus poemas.

Sonrió. Ya lo había pensado.

Entonces se le ocurrió lo obvio: iría a la policía.

La Comisaría de la Trinitat Nova no era como la pequeña de Gran de Sant Andreu en la que empezó Daniel Oristany. Y los Mossos no eran la Nacional. Habían pasado los años, y muchas cosas.

Dani y Amadeo fueron compañeros de instituto. Durante los años de la Transición estuvieron muy unidos. Cuando Daniel decidió opositar a policía, Amadeo dijo no comprenderlo.

“–Hemos corrido delante de los grises, hemos colocado pancartas, nos han zurrado... No te entiendo.

–Eran otros policías. La gente merece una policía democrática –respondió.”

Pero nunca lo entendió. Se distanciaron poco a poco. Amadeo pensaba que la academia de policía había cambiado a su compañero. Le recordaba en el salón de actos de Vía Layetana, votando si iban a la huelga. No podía imaginarlo con pistola y placa. ¿Una policía distinta? Les habían

seguido zurrando en cada campaña: en la del 0,7, en la del G7, en la del G20... Y cada vez golpeaban más fuerte.

La última vez que se vieron fue durante el 15M y las grandes manifestaciones que siguieron. Le encontró tomando café en un local de la calle Casp, en todo el meollo del asunto. Un local al que solían ir guardias municipales.

Amadeo estaba en plena euforia ácrata, luchando por sacarse de encima su educación burguesa y colocar su poesía entre los movimientos alternativos, cosa que terminó consiguiendo. Pero su encuentro tuvo un sabor a traición. Dani estaba tanteando el ambiente de la Plaça de Catalunya, y controlando un poco a sus infiltrados. Se sorprendió al verle.

Se saludaron de lejos, y Amadeo no volvió a la plaza.

Cruzó la gran valla de ladrillo y metal que delimitaba la zona y se dirigió al mosso que montaba guardia. Le indicó que quería ver al inspector Daniel Oristany. El mosso le miró de arriba abajo, y luego habló por el interfono.

–El inspector está en la zona del DNI. –Le indicó dónde estaba eso.

El complejo de edificios era enorme. Caminó hasta el lugar que le había indicado y se presentó en recepción. Una policía muy amable le tomó los datos y le indicó que tomara asiento.

Al poco, un Daniel canoso y con perilla avanzó hacia él sonriendo ampliamente.

–¡Amadeo!, me alegro de verte.

Le sujetó levemente por el antebrazo y le hizo pasar a su despacho.

Dani llevaba corbata y una camisa impecable. Un pin con el escudo de la nacional brillaba sobre su pecho.

–Pensé que te habías hecho mosso –dijo su amigo.

–Todavía no, pero estoy en ello.

Ante su mesa, el poeta relató su encargo, y el policía soltó una risa sincera.

–Estará por aquí. Yo mismo rellené el informe. Exactamente, tu amigo ¿por qué quiere saberlo?

–No me lo ha dicho. Quizá sabe algo sobre eso.

Dani se concentró en su ordenador.

–Sí, ahí está. No me extraña que no saliera en la prensa: no se llevaron nada, salvo un buen susto. El atracador huyó. Recuerdo que un joven se hizo el héroe. Podrían haberle matado.

–¿Tú hiciste el informe? –Amadeo se extrañó.

--Sí. A veces colaboramos. La patrulla estaba cerca. Una cajera estaba en estado de shock, y un cooperante de una ONG se había jugado la vida poniéndose frente al revolver del atracador, un pobre diablo. El arma era de pega, si no, el cooperante estaría muerto.

Dani le pasó un papel impreso donde constaban todos los detalles.

–Si tu amigo sabe algo, que se pase por aquí. Pero no hay caso, ningún particular ha presentado denuncia. Naturalmente, si tiene datos, tendremos que investigar. Pero, francamente...

–Entiendo. Bueno, le pasaré esto. Y gracias. Oye, ¿quieres tomar algo algún día? Cerca del instituto, si quieres. A veces me acuerdo de aquellos tiempos, de los compañeros y las movidas de entonces.

–Sí, yo también me acuerdo de vez en cuando. Vale, podemos quedar.

Amadeo abandonó el despacho, seguido de Daniel, y recorrió el pasillo hasta la puerta, mientras su amigo le miraba con cierta melancolía.

“Los tiempos que se han ido, se han ido dejando su perfume de rosas.

Los cuerpos juveniles, las emociones y los ecos de las músicas que nos hicieron sentir poderosas.

Somos los mismos, las mismas, pero también sombras temerosas”.

Amadeo dejó el manuscrito dentro del cajón y suspiró. Se estaban haciendo viejos. Cogió el teléfono y llamó a Andrés.

A los pocos segundos, su amigo descolgó el auricular.

–¿Hola?–Andrés, soy Amadeo. Tengo los datos que me pediste...

Le recitó la dirección del supermercado donde había sucedido el atraco.

–Bien, gracias. A ver si nos vemos algún día –dijo Andrés.

Amadeo sonrió:

–Por el interés te quiero Andrés.

–No, no, y por el capital también.

Rieron. Era una vieja broma privada entre ellos, un chiste que circulaba por ahí.

–Vale, espero que nos veamos.

Ambos sabían que eran intenciones vanas. El tiempo no pasa sin cobrarse su precio.

Andrés colgó y se puso los pantalones y una camisa limpia, y un jersey. Cogió su cazadora y salió.

Era normal que no hubiese localizado el súper, pues quedaba en otro barrio. Aquella chica caminaba bastante para ir al trabajo. Por eso tenía prisa. Y por el shock emocional, el miedo... Se había comportado como un estúpido, pero él también tenía sus problemas.

Con estos y otros pensamientos parecidos llegó hasta la puerta del supermercado.

Entró. Miró a todos lados, pero no vio a Isa.

Recorrió los pasillos mirando a ambos lados. Al fin, la vio saliendo de una puerta trasera, con guantes de goma en las manos. Se los quitó y los metió en un bolsillo del delantal.

Fue hacia ella, que se quedó mirándolo, evidentemente tratando de recordar quién era.

–Soy Andrés... El choque, la cafetería...

–¡Ah!, sí, claro.

Se quedaron en silencio, mirándose.

–¿Y qué querías? –preguntó ella.

Esa era la parte difícil.

–Bueno, he pensado que... si podías, si querías que tomáramos algo

cuando salieras.

Tragó saliva. Ella abrió mucho los ojos.

–Perdona que te contara toda mi vida, es que estaba muy afectada por el atraco. Nunca me habían apuntado con una pistola. No podía dejar solo a mi hijo. ¿Recuerdas que tengo un hijo consíndrome de Down?

Andrés reconoció la maniobra: le estaba recordando que ella no viajaba sola.

–Sí, sí, lo recuerdo. ¿A qué hora terminas?

–Estaré poco tiempo. Tengo que comer con él.

–Claro.

Isa le miró con bastante sorpresa. Luego sonrió. Sonrió desde su corazón, y sintió cómo algo dentro de ella se relajaba. Fue una sensación estupenda. Como si el mundo recobrase el sentido correcto.

–A las tres. Hoy tengo que quedarme un poco más. Por eso no puedo estar mucho tiempo... Pero no vendrá de un café –dijo sonriendo.

–Vale. Si quieres te acompaño a tu casa luego –arriesgó Andrés.

Ella le miró con cierta desconfianza. Aquel joven iba muy deprisa.

–Mejor no.

–Vale, pues hasta las tres.

El joven salió a toda prisa, nervioso y avergonzado.

Andrés paseó tratando de hacer más breve el tiempo de su encuentro. Se preguntaba qué le sucedía. ¿Estaba enamorado?

Miró dentro de sí. No sentía esas emociones tan coloristas que pintaban las historias de amor. La chica le gustaba, en sentido sexual, pero él no era tan troglodita como para perseguir de esa manera a una chica sólo porque le atrajese sexualmente.

Sus ojos eran preciosos, y despertaban en él sentimientos nuevos. Su forma de parecer indefensa... Quizá era eso, instinto primitivo de protección, algo básico en el equipo instintivo de la especie humana. Les fue necesario para sobrevivir. Todavía lo era, si miraba uno las noticias.

O quizá era... En definitiva, sentía una gran paz cuando pensaba en ella, aunque, en ese instante, los nervios se le comían. Era el sentimiento de que las cosas debían ser así, de haber llegado al fin a un buen puerto. Tranquilidad, seguridad...

Estaba el tema de su hijo. Debería conocerlo, claro. Si le caía bien, no tendría problema. Había tratado anteriormente a todo tipo de personas. Sabía apreciar los valores de las personas diferentes.

Aunque las había insoportables, también. No era el síndrome, era la persona. Tenía que conocerlo, y ya vería.

Sentía hambre. Sus tripas le estaban recordando la hora. Ya casi eran las tres. Se encaminó a la puerta del supermercado.

Isa salió a todo correr, con una bolsa del súper en la mano y sonrió al verle allí. Quizá había temido no encontrarle, que él hubiera cambiado de opinión.

Le señaló una cafetería que había en la misma acera.

Entraron. Lo llevaba un matrimonio chino. De inmediato les tomaron el pedido y en menos de dos minutos tuvieron sus cafés en la mesa.

–No sé nada de ti –empezó ella.

–Tengo treinta años y trabajo en una gestoría.

–Yo tengo treinta y cinco –dijo ella a su vez.

–Pareces mucho más joven.

Isa no respondió. Movi6 la bolsa de plástico para que no se cayese bajo la mesa. Probó el café.

Le miró.

–Sigo sin saber nada de ti. ¿En qué pasas tu tiempo libre? Andrés soltó una risa.

–Eso es de una canción: “¿Y cómo es él? ¿A qué dedica el tiempo libre?” –cantó imitando a José Luis Perales.

–¿Te gusta? A mí me encanta.

–Bueno –respondió Andrés–, no es mi autor favorito. Pero no está mal

–terminó en tono conciliador.

–¿Y cuál te gusta? Yo adoro la música.

–Phil Collins, Bruce Springsteen, cosas así. Antes iba mucho a conciertos, ahora me tengo que ajustar.

–¿La gestoría no da dinero?

–No es mía, claro. Colaboro. Voy a sacarme la licencia, estoy estudiando.

–¿Y tiene futuro?

–¡Pse!

Isa miró la hora y apuró su taza.

–Lo siento, tengo que irme. Se hace tarde. Mi hijo no ha comido.

Andrés sintió la tentación de llamar a un taxi e invitarles a los dos a comer, pero sería una intromisión en su rutina, y aún era pronto.

–¿Cuándo puedo verte? –preguntó.

–¿Una cita? –Ella sonrió.

–Sí.

Isa sacó un bolígrafo y una libreta de notas del bolso. Anotó su número y arrancó la hoja. Se la tendió.

–Llárame. Quizá un domingo podamos quedar.

–Bien, te llamaré.

La chica salió a toda prisa con su bolsa del súper, sin esperar a que él la siguiese. Pagó al simpático chino de la barra y salió. Ya no pudo verla.

Hacía frío, pero lucía el sol. Se cerró la cazadora y metió las manos en los bolsillos, sintiendo una extraña alegría.

De pronto la ciudad había dejado de ser un lugar inhóspito y cruel.

Capítulo 10

Barcelona, a modo de retrato impresionista.

Es una ciudad oscuramente llena de luz. Su luminosidad pone de relieve la masificación total y el declive imparable.

Y, sin embargo, late de vida.

Su negrura se oculta hábilmente tras bazares, prostíbulos ilegales y locales de alegre diversión, no siempre inocente.

La que otrora fuera zona de perdición, los muelles, aparecen repletos de yates de más de veinte metros. Incluso los barcos particulares, que parecían hace poco la seña distintiva del lujo, han sido arrinconados en el Puerto Deportivo, como si de barquichuelas se tratase. La zona hábil del muelle, con sus instalaciones y su club náutico, pertenece a las fortunas más disparatadas.

Sólo el pequeño barco pintado de naranja de Salvamento Marítimo se codea con tales monstruos brillantes y lustrosos. Ah, y las lanchas rápidas de Hacienda, pintadas de un azul oscuro sobre las que resaltan las vistosas enseñas del ministerio.

Desde el Puerto Viejo, el Port Vell, nacen Las Ramblas, apuntaladas por la estatua dedicada a Cristobal Colón, con su misterioso simbolismo iniciático, cuyo dedo señala en dirección contraria al Continente Americano.

Señala, concretamente, a las Islas Baleares. O al mercadillo de segunda mano y antigüedades que, a pocos metros, cruzando la rotonda, resiste la crisis lo mejor que puede, aferrado a sus medallas soviéticas, sus pañuelos sevillanos y los niños cristos viejos que parecen sonreír sin gracia a las baratijas que recuerdan viajes a París o a Roma, o a los collares de piedras naturales.

Tal como podemos aprender en el Museo del Mamut, situado en la calle de Montcada, junto al dedicado a Picasso, las Ramblas fueron el lecho de un río por donde circulaban los mamuts, mucho antes de que se inventase la barretina.

También debe tener otras peculiaridades, puesto que, si mira usted hacia su final, en la parte alta de la ciudad, sobre el monte Tibidabo, verá el Templo Expiatorio del Sagrado Corazón, que se tiñe de dorado en los atardeceres, trayendo a las mentes infantiles el Palacio de Cenicienta y

cualquier otro digno de ser soñado.

Tal alineación no será casual, como no lo es que desde el mirador del Parc Guell se distinga la punta de la estatua de Colón, perfectamente alineada con una escultura triangular que se encuentra frente al banco telúrico, el que está empotrado en la montaña invitando a sentarse.

Nada en Barcelona lo es. Ni que el viejo Templo de Apolo del Emperador Augusto esté en la calle del Paraíso, al Este desde el altar de la Catedral, hasta que una de las aristas de la fachada del Colegio de Arquitectos, junto a la plaza de la misma y camino del Portal del Ángel, marque exactamente el Oeste.

Ni que a la calle de los Condes se llegue saliendo de la Catedral por una puerta lateral, habiendo dejado dentro los demonios mentales que se trajeran al entrar por la puerta principal.

Lástima que las taquillas de la entrada y el turismo hayan arruinado tal excelsa (y gratuita) máquina de exorcismos.

Desde el nacimiento de las Ramblas hacia la Plaza de Cataluña, su eje separa el Raval de la Ciutat Vella, la Ciudad Vieja. El Raval a la izquierda, según se sube, y la Ciutat Vella a la derecha.

Barrios de calles estrechas, edificios de piedra de todos los tiempos, incluso del siglo XIII.

También esos edificios pobres y pequeños donde generaciones de emigrados vieron la misma pintura verde descolorida y las mismas manchas de humedad. Mujeres que se hicieron duras debido a la dureza de su vida. Hombres que madrugaban o trasnochaban, ebrios de hambre o de vino barato, o de muchas horas de tajo, subiendo ladrillos y cemento.

Al Raval, que antes fue Barrio Chino y Distrito 5, le llaman ahora Ravalpindi, por razones que podrán adivinar. Aunque esa denominación quizá haya quedado obsoleta, pues su problemática se decantado más hacia los narcopisos que hacia la emigración.

Pasear por la Rambla del Raval es como viajar a Tetuán o a Marrakech. Grupos de hombres bigotudos vestidos con sus largas camisas ocupan, bajo las palmeras, los bancos del paseo que los jóvenes anarquistas hayan dejado libres, mientras un barbudo anciano de cráneo tapado por el kufi blanco pasa las cuentas de su rosario.

Desde las caminatas de mamuts la ciudad ha cambiado un poco.

La Catedral, sobre el Monte Taber, substituyó al Templo de Apolo. El río se secó y las filtraciones del mar fluyen ahora bajo tierra por los túneles del metro, obligando a una serie de bombas de achique a trabajar incansablemente.

La muralla medieval es sólo una fortificación al comienzo del Paralelo y la Via Layetana. En el interior de alguna tienda de ropa todavía se conservan las piedras que la prolongaban por todo el perímetro de la ciudad.

Lo que fuera un campamento de peregrinos venidos de Tierra Santa es ahora el Barrio de Santa Ana, uno de los integrantes del Barri Gòtic.

Todos los herejes de la ciudad conocen sus misterios. Las brujas y magas pasean por ella. Las almas en pena rodean la Catedral y recorren los diez mil rincones góticos. La calle de los Templarios, la ruta del copeo nocturno en el Borne...

El Gótico esconde las dos juderías que tuvo la ciudad, masacradas en 1391. Una de las sinagogas es ahora una iglesia. Una en manos de norteamericanos.

Cabe decir en su defensa que el Consell de Cent, el Consejo de Ciento, el de la ciudad, situó mil hombres armados para defender los dos *call*, como aquí se le llama a los barrios judíos.

E incluso hubo voluntarios entre los comerciantes que montaron guardia, tras el asalto a las juderías de Sevilla, Córdoba, Toledo y algunas ciudades de Castilla. Pero el asalto al *call* de Mallorca desencadenó la matanza. Tras ella, y con el auxilio de 200 caballeros se restituyó el orden y 33 personas fueron ahorcadas por causar los disturbios, y otras 770 fueron multadas duramente.

Sin embargo, no se permitió repoblar las comunidades judías.

Los recuerdos aprisionados por las murallas se desparraman por barrios nuevos, ciudades dormitorio, lugares con menos historia medieval, y más historias de amor. Nuevos sueños y ansias, venidas a la gran urbe desde los campos de toda España, de todo el Mundo.

El campamento de peregrinos cristianos, arruinados y enfermos en las Cruzadas, ha sido substituido por las comunidades gallegas y andaluzas, pakistaníes, ucranianas, polacas, armenias, israelitas, colombianas, mexicanas, chilenas, etíopes, ecuatorianas, rusas, bolivianas, alemanas, suecas, peruanas, camerunenses, hindúes y, hay quien dice, también de fuera del Planeta Tierra. Lo dijo Sebastián Estradé que se lo contó un amigo, no lo digo yo.

En definitiva, una ciudad donde se puede encontrar personas de todo el mundo, y de todos los mundos posibles. Donde se puede contar cualquier historia, y creer que es cierta, o podría serlo.

Sindicalistas torturados en la DGS de Via Layetana y policías represaliados y condenados a perseguir pobres chicos que llevaban panfletos de la asociación de vecinos en catalán –: *"Confiesa, lo sabemos todo, eres del GRAPO"*–; locales de vicio en la zona alta, que olían a dinero y a poder; duros militares que lloraban arrodillados ocultos por la oscuridad de una iglesia; sacerdotes que se iban de fiesta a las discotecas tras preparar primeras comuniones; un cantante famoso que liaba canutos para una chica en un reservado de Up&Down... Un grupo espiritista que se reunía no muy lejos del edificio de Telefónica; un antiguo combatiente republicano que escribía libros sobre radiestesia, mientras un amigo suyo escuchaba psicofonías en un aparato alemán que había pagado con su pensión de jubilado.

"Han abierto un Sex Shop junto al seminario de Universitat, en la calle Diputación".

"Al alba, al alba, al alba, al alba. Quiero que no me abandones, amor mío al alba"

Chicos de un colegio católico que iban a tomar refrescos a una granja en frente del Instituto Maragall sólo para ver chicas... Qué tiempos tan duros.

Primer número de nuestra revistilla editada con una vietnamita con amigos del colegio; olor a editorial y tinta, un librito de Bertolt Brecht y una obra de teatro de Darío Fo.

Las arenas del tiempo se insuflan en nuestros corazones escolares. La sensación perdurará para siempre.

Un exatracador de cajas de la Seguridad Social y expresidiario, de cuando la Seguridad Social tenía ventanillas para el cobro, haciendo de cobrador del frac: *"¿Ves aquellos dos del coche? Son secretas. ¿Hacemos otra cerveza?"*.

De ahí venimos: Del silencio y del miedo; del deseo y de la soledad.

Autobuses nocturnos cuyas luces dejaban ver chicas con coletas, mientras las ventanas de los dispensarios del Hospital Clínico brillaban con una luz mortecina y amarillenta.

Las ventanas de las cocinas del Clínico ya no chorrean grasa por las ventanas. Las piedras guardan las antiguas manchas, pero están limpias. El Parque de Bomberos ha sido trasladado, y su edificio emblemático ha

sido derruido.

Han callado los gritos en la DGS.

El sindicalista se ha jubilado.

Del chico de los panfletos... nadie sabe.

Los policías han terminado haciendo pasaportes.

Los viciosos de la zona alta, la mayor parte han muerto ya.

El sacerdote colgó los hábitos. Normal, le gustaba bailar sin sacarse la chupa de piel negra. Mi hermana sonríe cuando piensa que fue él quien la preparó para la Primera Comunión. "*Claro, así salí yo...*"

El sobrino del exministro acude a sesiones con un médium que canaliza extraterrestres.

El cartero que leía a Darío Fo ha dejado la bebida.

Las vietnamitas ya no son rotativas, ahora son chicas del restaurante vietnamita, cuyos platos son estupendos.

El edificio de los Sindicatos se cae a trozos, nadie lo repara. Una malla verde protege de los cascotes. Pero los delegados siguen acudiendo a las manifestaciones, con sus hijos, si hace falta.